

# Héroes colombianos en la Guerra de Corea



**Luis Hemel López Ortega**  
**Willington Mayorquino Ramírez**  
**Jaime Fernando Amaya Bustos**

# **Héroes colombianos en la Guerra de Corea**

**Relatos y memorias de veinte veteranos del Batallón  
Colombia en sus setenta años de gloria**

Primera edición: octubre de 2021

© Luis Hemel López Ortega

© Wellington Mayorquino Ramírez

© Jaime Fernando Amaya Bustos

Prohibida su reproducción total o parcial  
sin autorización de los autores y/o editor.  
Contacto: cellanoscolombia@hotmail.com  
Cels.3115594996-3106250297-3003149500

Diseño de Portada: Harold Hemel López Castro  
*(Fotografía del veterano Marcos Serafín Reina, ambientada  
con la bandera de Corea, el escudo del Batallón Colombia y  
dos condecoraciones del veterano Benigno Castillo González)*

Edición: Luis Hemel López Ortega  
Sello: independtly published  
Corrección de estilo: Fanny Esther Castro  
Diagramación: Harold Hemel López Castro  
Diseño fotográfico: Fanny Brigeth López Castro

Impresión: Autores Editores S.AS.  
Diagonal 36 Bis 20 – 70 Bogotá, D.C. – Col.  
<https://www.autoreseditores.com/>  
Tels. 3165195700 - 312 4353209

Distribución: Autores Editores S.AS.  
Diagonal 36 Bis 20 – 70 Bogotá, D.C. – Col.  
<https://www.autoreseditores.com/>  
Tels. 3165195700 - 312 4353209

Del contenido de las entrevistas, anexos y demás  
escritos serán responsables cada uno de sus autores.  
Por su parte, los veteranos y/o sus descendientes que  
participaron, lo hicieron voluntariamente, sin que por  
ello tengan que percibir regalía alguna, toda vez que  
en el mismo sentido lo hicieron el editor y los autores.

INTERNATIONAL STANDARD BOOK NUMBER  
ISBN: 978-958-49-3920-3

Hecho el depósito legal

IMPRESO EN COLOMBIA  
PRINTED IN COLOMBIA

*A todos los veteranos colombianos que participaron en la Guerra de Corea y que dejaron en alto el buen nombre de la patria. A los que aún viven, quiera Dios que les dé largos años. A quienes ofrendaron su vida en la guerra o murieron luego por diversas causas, nuestras sentidas condolencias. En estos setenta años de gloria (1951-2021), le dedicamos con mucho aprecio esta creación literaria que construimos con aportes de varios reservistas, así como uniformados y amigos de la Fuerza Pública colombiana”.*



## Contenido

	Pág.
Reseña biográfica SM (r) Luis Hemel López Ortega .....	9
Reseña biográfica SC (r) Willington Mayorquino Ramírez.....	11
Reseña biográfica CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.....	13
Agradecimientos.....	15
Mención especial.....	17
Prólogo.....	19
Participación de Colombia en la Guerra de Corea.....	21
Mi admiración por los veteranos de Corea.....	25
Queríamos ser héroes como los veteranos de Corea.....	27
En recocimiento al coraje de los veteranos de Corea .....	29
Relatos y memorias de los veteranos de Corea .....	31
Fuentes de información.....	119





## Reseña biográfica SM (r) Luis Hemel López Ortega



Nació el 26 de marzo de 1967 en Sardinata, Norte de Santander. Bachiller del colegio Nuestra Señora de las Mercedes (Sardinata), normalista del centro educativo Nuestra Señora de la Paz (Bogotá), abogado de la UDC (Bogotá) y licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás (Bogotá). Psicólogo, especialista en Docencia Superior y magíster en Administración Educativa de la Universidad Metropolitana de Educación, Ciencia y Tecnología UMECIT (Panamá). Profesor de la Universidad de los Llanos, Corporación Universitaria Minuto de Dios, UMECIT, Instituto Politécnico Agroindustrial, Escuela de Carabineros Eduardo Cuevas, Escuela de Suboficiales Gonzalo Jiménez de Quesada, Secretaría de Educación de Villavicencio, y actualmente director del Centro de Capacitación de los Llanos. Perteneció al “Taller Permanente de Escritores del Meta” y de allí nace en coautoría la antología *Sinfonías iniciales* (Editorial Entreletras, Villavicencio, 2001), siendo sus docentes los escritores Isaías Peña, Guillermo Linero, Henry Benjumea y Jaime Fernández. Luego hizo parte del colectivo “Docentes Poetas” y en coautoría publicó *Versos Maestros*, Volúmenes 8 y 10 (Ediciones Cátedra Pedagógica, Bogotá, 2012 y 2014). Es coautor de la antología *Palabras Poéticas* (ITA Editorial, Bogotá, 2021). Ha autopublicado los libros *Las jinetas que brillan* (Bogotá, 2020) y *Patrullando llanuras y montañas* (Bogotá, 2021). Ganador del tercer puesto en la Primera Convocatoria de Cuento y Poesía Cundinamarquesa (Nygua Editores, Zipaquirá, 2021).

Hizo su ingreso a la Policía Nacional en febrero de 1986 y laboró en Valle, Boyacá, Arauca, Meta, Escuela Eduardo Cuevas y Metropolitana de Villavicencio. En 1992 estuvo en comisión de estudios en la Escuela de las Américas (Fort Benning, Georgia, EE.UU.). Ejerció los siguientes cargos al interior de la institución: Policía de Vigilancia Portuaria (PVP), Fuerza Disponible, Grupo de Operaciones Especiales GOES, Comandante de Guardia, Comandante de CAI, Comandante de Estación y Subestación, Comandante de Distrito (E), Secretario de la Oficina de Delitos y Contravenciones, Jefe de Asuntos Jurídicos y Disciplinarios, Comandante y Remplazante de Sección, Instructor de Escuela de Formación, y por último, Suboficial de Comando de la Policía Metropolitana de Villavicencio, hasta su retiro en julio de 2015.

Ha recibido las siguientes condecoraciones y/o distinciones: Orden Estrella de la Policía “Categoría Compañero” (Presidencia de la República de Colombia), Orden Ciudad de Villavicencio “Categoría Oro” (Alcaldía Municipal de Villavicencio), Distintivo “Reservista de Honor” (Ministerio de Defensa Nacional), Distintivo al Mérito Docente “Gabriel González” (Policía Nacional), Distintivo Escuela de Suboficiales “Gonzalo Jiménez de Quesada” (Policía Nacional), Distintivo Especial “Al Valor” (Policía Nacional), Distintivo de Buena Conducta “Novena Vez” (Policía Nacional), Medalla de Servicios “Clase 25 años” (Policía Nacional), Escudo de la Policía Nacional (Policía Metropolitana de Villavicencio), Reconocimiento Honorífico “Trayectoria Académica y Compromiso Institucional” (Escuela de Carabineros Eduardo Cuevas), Mención de Honor “Excelente Ejecutoria como Instructor” (Escuela de Carabineros Eduardo Cuevas) y Miembro Distinguido en el grado de “Defensor del Idioma” (Fondo Mixto de Promoción de Cultura y las Artes del Meta).

Actualmente su actividad se centra además de la docencia, en la recolección de relatos del conflicto armado en los Llanos, donde policías narrarán hechos trascendentales que harán parte de su próximo libro.

## Reseña biográfica SC (r) Willington Mayorquino Ramírez



Nació el 30 de octubre de 1973 en Girardot, Cundinamarca, hijo de padres tolimenses que llegaron a Villavicencio a finales de los años 60. Realizó sus estudios primarios en la escuela Policarpa Salavarrieta y cursó su bachillerato en los colegios Eduardo Carranza e Instituto Centro Cultural.

Fue policía por 26 años, en donde se destacó por su liderazgo comunitario y en la resolución de conflictos. Construyó ambientes pedagógicos para la convivencia ciudadana en los municipios que lideró como comandante de estación, lo que le permitió reconocimientos y condecoraciones de algunas alcaldías del departamento del Meta y de la Policía Nacional, entre las que se destacan el Distintivo Especial al Valor y el Escudo del Departamento de Policía Meta. Se retiró de la Policía Nacional en el grado de subcomisario.

Es Administrador Público de la institución universitaria Politécnico Grancolombiano.

Actualmente hace parte del colectivo de escritores “Aguatinta” y pertenece al taller de escritores “Entreletras” de la ciudad de Villavicencio, donde es coautor del libro *Continuidad del Horizonte* (Editorial Entreletras, Villavicencio, 2020), en el que participó con su relato *Las Ánimas*.

A raíz de una entrevista practicada al veterano Benigno Castillo en el año 2017, cuando se desempeñaba como comandante de policía en el municipio de Restrepo, Meta, nace el proyecto de homenajear a los veteranos de Corea con ocasión de los setenta años de aquella magna participación. La propuesta fue presentada por el señor subcomisario en uso de buen retiro, al sargento mayor también retirado Luis Hemel López, docente de la ESJIM y autor de textos policiales, quien no dudó en cristalizar esta idea a través de un libro que recogiera las vivencias de estos ilustres soldados.

A la extraordinaria idea de Willington, se unió también el comisario retirado Jaime Fernando Amaya Bustos, adscrito al curso 059 de la ESJIM, residente en el área metropolitana de Bucaramanga, quien con sus dotes de investigador judicial, se propuso entrevistar a veteranos de Corea en el departamento de Santander. Y así poco a poco este proyecto empezó a caminar con pasos agigantados hasta hacerse una realidad.

## Reseña biográfica CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos



Nació el 2 de junio de 1968 en Chiquinquirá, Boyacá. Hijo del agente (r) José Cupertino Amaya Barahona y la señora María del Carmen Bustos, mayor de cinco hermanos. Ingresó a la Escuela Nacional de Carabineros Alfonso López Pumarejo el 8 de febrero de 1988, graduándose como agente profesional. Fue destinado a laborar en el Departamento de Policía Cundinamarca, municipio de Villeta. Por su compromiso institucional y en aras de superación personal y familiar, decidió realizar el curso de suboficial, ascendiendo a cabo segundo el 19 de diciembre de 1990, promoción 059 de la Escuela Gonzalo Jiménez de Quesada. Se desempeñó en la Dirección de Investigación Criminal e Interpol DIJIN, Grupo de Investigaciones contra el Terrorismo, Grupo de Operaciones Especiales GOES, Jefe de la Unidad de Monitoreo y Análisis, Dirección de Sanidad, Comandante de la Estación de los Santos (Santander), Seccionales de Investigación Criminal del Departamento de Policía Santander y Metropolitana de Bucaramanga, Secretario Privado y Suboficial de Comando de la Policía Metropolitana de Bucaramanga. Además, fue Secretario de la Agregaduría de Policía en la Embajada de Colombia ante el gobierno de los Estados Unidos de América, con sede en Washington D.C. Su último cargo fue Suboficial de Comando del Departamento de Policía Santander.

Participó con éxito en investigaciones contra la delincuencia común y organizada dedicadas al secuestro, la extorsión, el narcotráfico, falsedad de moneda nacional y extranjera, hurto a usuarios de entidades financieras, clonación de celulares, clonación de tarjetas crediticias, entre otros.

En su formación profesional policial cuenta con importantes cursos tales como: Counterterrorism Training Group - United States Government Special Training Group (Estados Unidos de Norteamérica), Técnico Profesional en Policía Judicial (ESJUI), Seminario en Aspectos Técnicos y Jurídicos de la Falsificación de Moneda (DIJIN), Diplomado en Desarrollo Comunitario (Universidad de la Sabana), Diplomado en Procesamiento de Señales (ESCIC), Seminario en Investigador Testigo (ICITAP), Simposio Internacional de Criminalística e Investigación Criminal (DINAE), Seminario de Inteligencia Criminal (ICITAP), Curso Avanzado en Técnicas de Entrevistas (ICITAP), Análisis y Procesamiento de la Escena del Crimen (ICITAP), Curso de Identificación, Registro y Rastreo de Armas de Fuego y Explosivos (Embajada de los Estados Unidos de América), Especialización en Comunicación para la Dinámica Organizacional (ESJIM), Diplomado en Gerencia para el Servicio Policial (ESJIM) y Curso de Formación en Gestión de la Cultura Institucional (CESPO).

En su hoja de vida cuenta con 217 felicitaciones, 10 menciones honoríficas, 35 condecoraciones (1 presidencial, 18 institucionales y 16 de autoridades administrativas) y 5 distintivos institucionales, que reconocen su trabajo en la investigación criminal, su espíritu, pasión y vocación de servicio. Durante los últimos cinco años realizó el compendio de hechos dentro del conflicto armado en donde se vieron afectados miembros de la Policía Nacional en el departamento de Santander y sus familias, desde el cargo de Suboficial de Comando del DESAN y MEBUC. Por último, pasó a la reserva policial en julio de 2021, con 34 años de servicio.

## Agradecimientos

A Dios por permitirnos escribir estas líneas en los setenta años de gloria del Batallón Colombia, a propósito de su destacada participación en la Guerra de Corea (1951-2021).

A los veteranos que se hicieron partícipes de esta iniciativa y nos concedieron las entrevistas haciendo uso de las tecnologías o bien de forma presencial, así como a los descendientes que tuvieron a bien relatar las vivencias de sus familiares que ya partieron a la eternidad.

Al veterano Benigno Castillo González, quien desde un comienzo mostró su interés porque este proyecto fuera una realidad. Un saludo fraterno a su esposa Clelia y demás familiares en el municipio de Restrepo, Meta.

A los creadores y todo el equipo de trabajo de la plataforma vaki.co quienes nos facilitaron su espacio para la publicidad del proyecto, y a la vez recolectar gran parte del dinero con el cual hoy ha sido posible editar y publicar este libro.

A la señora sargento viceprimero Ana Elvia Caicedo Peña, quien ofició como prologuista en la presente obra y a la vez cooperó con algunas entrevistas de veteranos en los municipios de Icononzo, Tolima, y Tabio, Cundinamarca.

Por último, agradecemos a las siguientes personas que hicieron su aporte económico para que juntos pudiéramos desarrollar este proyecto literario: Víctor Ruiz, Julio Alberto Olarte Martínez, y otras personas más, de las cuales haremos mención más adelante. Sin su cooperación no hubiera sido posible la cristalización de este sueño. Mil y mil gracias...





## Mención especial

Al señor subintendente en servicio activo Carlos Eduardo Rolón Palencia, natural de Sardinata, Norte de Santander, adscrito a la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPEP), por su valioso aporte monetario al presente proyecto. Su afición por la literatura policial ha sido una constante, lo cual lo dejó entrever en su paso por las aulas de la Escuela de Suboficiales y Nivel Ejecutivo Gonzalo Jiménez de Quesada, donde se destacó como uno de los mejores estudiantes en la asignatura *Técnicas de Redacción y Habilidades Comunicativas*, orientada en su momento por el licenciado sargento mayor (r) Luis Hemel López Ortega, editor y uno de los autores del presente libro.

Asimismo, nos permitimos mencionar de manera especial el apoyo recibido por el señor comisario en servicio activo José Isaac Cárdenas Rincón, comandante de la Estación de Policía La Belleza, en el departamento de Santander, quien con el personal bajo su mando, realizaron un aporte pecuniario importante para el desarrollo del presente proyecto.

A la señora sargento mayor de la reserva activa policial de Cúcuta, Rocío Yara Álvarez, quien además de su apoyo económico, coordinó varias entrevistas con los veteranos de Corea de esa ciudad. De igual modo, al señor comisario de la reserva activa de Santander, Mario Becerra Villabona, quien realizó un aporte económico de gran importancia.

Mención especial también al curso 059 “CP.ÓSCAR ESCOBAR PÁEZ”, egresado de la ESJIM en diciembre de 1990, por su disposición permanente para cooperar en este tipo de iniciativas, para lo cual se vinculó con aportes monetarios significativos por parte de algunos de sus integrantes, liderados por el sargento primero (r) Eduardo Suárez Jiménez. Sus nombres hacen parte de la contraportada de la presente obra literaria.



## Prólogo

Las aulas de una escuela de formación en la Policía Nacional fue el escenario donde tuve la convicción de que mi compañero Luis Hemel López Ortega sería el más indicado para recrear a los lectores con sus historias y, en colaboración con Jaime Amaya Bustos y Willington Mayorquino Ramírez, coautores de esta obra, rendir homenaje a los héroes de Corea, a sus familias y a todo un país que les ofrece su gratitud eterna. Se ilustra en la obra anécdotas y vivencias de los días gloriosos de nuestra patria representada por un grupo de héroes en la Guerra de Corea; líneas que rinden una sentida ofrenda a esos hombres que supieron llevar en alto el nombre de Colombia, soportando la soledad que circunda las trincheras con su olor penetrante a pólvora y sangre. Esta experiencia de la guerra queda latente en la conciencia y en el sueño, allí se aprende a vivir para no morir y a sufrir para sobrevivir, donde la única verdad es el Dios que reina en medio de la oscuridad.

El veterano de guerra se convierte en una persona olvidada, el transcurrir del tiempo ha empolvado sus medallas, el silencio es su única expresión. Su vida cumplió una misión que, aunque valiente, ajena. El abandono del Estado, del gobierno y de la sociedad se hacen evidentes cuando solo les queda la última esperanza y consuelo: la familia. Tristes, solos y abandonados, muchos veteranos de Corea se consumen entre recuerdos, pesadillas y rastros en sus arrugas, mismos que quizás ya no recuerden cómo transcurrió la guerra. Y... ¿Cómo vive un veterano colombiano de la guerra de Corea? Quizás a pesar de que han pasado ya setenta años, se enfrenta a su mundo, a sus recuerdos y traumas de desechos y congojas. Nadie bebe con la sed de otro, cada veterano vivió la guerra a su manera, vivió la perversidad y el padecimiento como algo extraño en una cultura ajena y distante. ¿De qué veterano estoy hablando? No de cualquier exmilitar, no del soldado reconocido, no del representante de la milicia moderna, como tampoco del combatiente convencido de esa guerra.

Hablo del veterano corriente, del que fue a la guerra con la convicción de defender la patria, de llevar en su pecho el orgullo de ser colombiano. Pero... ¿Qué guerra libró?, ¿qué soberanía defendió? El veterano, un hombre, de carne, hueso, sangre y sentimientos, en determinado momento esposo, padre, hijo; trabajador, comerciante, estudiante, agricultor o simplemente desempleado. Un ser humano con dignidad, valor, necesidades y cualidades, igual que cualquiera; persona que vivió una experiencia hostil, con situaciones extremas de muerte, clima inhóspito, trincheras sin vista, horizontes limitados, cielo oscuro y odios declarados.

La política, la diplomacia, el derecho, la filosofía, la ciencia, la teología, etc., cada una tiene sus propias teorías o puntos de vista al tratar de responder la pregunta del por qué de los conflictos bélicos y por qué un veterano se tiene en el olvido. Por supuesto, hay factores de diverso orden: las pugnas ideológicas, las crisis sociales, el ordenamiento sociopolítico y, frente a los excombatientes, las tragedias familiares, las crisis económicas, educativas y otras que influyen en el desamparo del individuo.

Hoy, esta sociedad no puede más que agradecer a los veteranos su valentía y su aporte al país en la guerra y a la sociedad a su regreso. Gracias a todos y cada uno de ellos, gracias a “*don Primi*” como le decíamos con aprecio y cariño al veterano Primitivo Sánchez Peña en el municipio de Tabio, donde fijó su residencia al llegar su otoño. Hombre de grandes cualidades, persona que hasta su último aliento se desveló por el pueblo que lo acogió y sus gentes, brindando su ayuda a quienes lo necesitaban, importante apoyo en la labor social de la Policía Nacional, un servidor más en la lucha contra el delito y un amigo para los policías. Gracias paisanos veteranos Luis Oliverio Cruz, Víctor Garzón y Luis E. Vergara, su pueblo los honra. Dios bendiga por siempre a nuestros veteranos y sus familias.

*Sargento viceprimero (r) Ana Elvia Caicedo Peña*  
*Bogotá, D.C., 10 de octubre de 2021*

## Participación de Colombia en la Guerra de Corea

En este año 2021, se cumplen setenta años de la participación de nuestro país en el conflicto internacional que libró Corea del Norte con su homóloga del Sur. Una guerra a la que el gobierno colombiano decidió enviar una delegación de su Ejército Nacional a mediados de 1951, en apoyo a las tropas norteamericanas. Fue la primera confrontación armada de Estados Unidos y sus aliados contra las potencias comunistas luego de la Segunda Guerra Mundial. Un conflicto que después de tres años y cuatro millones de muertos terminó en tablas.

La guerra comenzó el 25 de junio de 1950, cuando cien mil soldados de Corea del Norte con apoyo soviético y chino invadieron el sur de la península con el fin de unificarla bajo el gobierno comunista de Pionyang. Cinco años antes, al ganar la Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética la habían liberado del dominio impuesto por el Japón en 1910 y dividido en dos partes, adoptando el paralelo 38 como la frontera entre ellas. Las potencias instalaron en cada lado un gobierno favorable a sus intereses y desde entonces Corea fue uno de los focos de tensión de la Guerra Fría. En el norte se instauró un gobierno comunista encabezado por Kim Il-sung, fundador de una dinastía que se prolonga hasta hoy con su nieto Kim Jong-un. Además del respaldo soviético, este gobierno recibió el de China tras el triunfo de la revolución de Mao Zedong y la fundación de la República Popular China en 1949. En el sur se estableció un régimen capitalista presidido por Syngman Rhee, un político conservador que tras la ocupación japonesa de Corea se exilió en China y Estados Unidos, donde ganó simpatías por su anticomunismo. Rhee gobernó durante catorce años con el apoyo de Washington. Dimitió en 1960 ante la amenaza de una revolución y después se sucedieron varios gobiernos civiles y militares mientras el país se convertía en una potencia económica.

## ***Intervención de la ONU***

Las dos Coreas se trenzaron desde 1945 en una rivalidad por el dominio de la península y esto dio lugar a continuas escaramuzas e incursiones de lado y lado. Cuando el norte invadió al sur, lo que era una sucesión de tensiones se volvió una guerra abierta. El día de la invasión el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, a instancias de Estados Unidos, exigió a los invasores retroceder hasta el paralelo 38 y pidió a sus países miembros ayudar a Corea del Sur a rechazar la agresión. Así se organizó la intervención de la ONU, encabezada por Estados Unidos y con fuerzas de otros 15 países, entre ellos Colombia, el único de América Latina.

La decisión del presidente Laureano Gómez de enviar tropas a Corea no fue motivada solo por el llamado de la ONU. Elegido el 27 de noviembre de 1949 en unos comicios considerados ilegítimos por el Partido Liberal y enfrentado a los primeros brotes guerrilleros, requería el reconocimiento internacional y su entrada al conflicto le ofrecía la oportunidad de obtenerlo.

Además, el ingreso de soldados colombianos a una fuerza dirigida por Washington, aunque actuaba con la bandera de la ONU, le servía para mejorar las relaciones con Estados Unidos y recibir su ayuda para fortalecer al Ejército Nacional en el conflicto interno, al que Gómez atribuía el carácter de una cruzada contra el comunismo, como la guerra de Corea.

## ***Hecho histórico***

Un mes después de su posesión el 7 de agosto de 1950, el ministro de Guerra de Gómez, Roberto Urdaneta Arbeláez, definía en Washington la colaboración colombiana.

En octubre, la fragata ARC Almirante Padilla, al mando del capitán de corbeta Julio César Reyes Canal, se unió a la VII Flota de Estados Unidos en la base de San Diego, California; mientras el embajador ante la Casa Blanca, Eduardo Zuleta Ángel, ofrecía los servicios de un batallón de infantería.

Este fue creado el 26 de diciembre de 1950, integrado por soldados conscriptos y voluntarios y adscritos a la Escuela de Infantería. Fue puesto bajo el mando de oficiales que después ocuparon posiciones destacadas en la milicia, como los entonces coroneles Jaime Polanía Puyo y Alberto Ruiz Novoa, el capitán Álvaro Valencia Tovar y el teniente Gabriel Puyana García.

La creación del batallón fue rodeada de la pompa de un hecho histórico. El primer contingente de 1.060 hombres fue despedido el 13 de mayo de 1951 con un desfile militar por la carrera 7.<sup>a</sup> de Bogotá, una misa campal oficiada por el arzobispo primado Crisanto Luque en la plaza de Bolívar y un discurso del presidente Gómez.

Ocho días después, el batallón emprendió en Cartagena la travesía de 79 días rumbo a Corea en el buque estadounidense USNS Aiken Victory, que hizo una parada de aprovisionamiento en Hawái y otra en el puerto japonés de Sasebo antes de llegar al territorio coreano en un punto cercano al paralelo 38.

### ***Altibajos de la guerra***

Cuando las tropas colombianas llegaron a Corea, la rueda de la fortuna había dado varias vueltas en el teatro de la guerra. Las fuerzas invasoras que tomaron a Seúl y arrinconaron a los surcoreanos en Pusán en julio de 1950 habían sido repelidas y la flota aliada bloqueaba la península para impedir el apoyo naval a las tropas del norte.

Tras el desembarco del 15 de septiembre en Incheón dirigido por el general Douglas Mac Arthur, comandante de las fuerzas aliadas, estas avanzaron al norte del paralelo 38 hasta tomar a Pionyang, la capital comunista. Al ver amenazado su territorio, China lanzó al combate más de trescientos mil soldados que cubrieron la península como si brotaran de la tierra, forzaron a los aliados a retroceder y llegaron a Seúl, que fue tomada por segunda vez en enero de 1951. Mac Arthur advirtió entonces que se podía perder la guerra y propuso al presidente Harry S. Truman emplear la bomba atómica contra China. Aunque Truman anhelaba la victoria como revancha por el triunfo comunista en China y la explosión de la primera bomba atómica soviética en 1949, que acabó con el monopolio nuclear estadounidense, rechazó la propuesta, destituyó a Mac Arthur y lo reemplazó con el general Matthew Ridgway. El nuevo comandante equilibró la situación con una ofensiva que recuperó el terreno perdido y rescató a Seúl.

Entonces la guerra se convirtió en una sucesión de breves ataques y contraataques, sin acciones en gran escala. Un millón de tropas aliadas enfrentaban a otros tantos norcoreanos y chinos, pero ninguno avanzaba. Estaban como el gato y el ratón. Ante el estancamiento, China y Corea del Norte pidieron negociar y se inició un diálogo que se repitió en los años siguientes hasta la firma del armisticio el 27 de julio de 1953. El Batallón Colombia llegó a Pusán el 16 de junio de 1951 y libró su primer combate el 7 de agosto. Después actuó en varias operaciones como la batalla de Yeoncheon Hill y la defensa de Kumsong. Pero su acción más notable fue la batalla del Old Baldy (Monte Calvo), del 12 de marzo al 3 de abril de 1953. Los colombianos conquistaron fugazmente la cumbre, pero los ataques enemigos rompieron su resistencia e impidieron la victoria.

Fuente: <https://www.eltiempo.com/politica/partidos-politicos/la-guerra-en-corea-donde-participo-colombia-511384>



## Mi admiración por los veteranos de Corea

*Por: Luis Hemel López Ortega – Sargento mayor en retiro*

Corría la primera mitad de la década del setenta. Mi padre me comentaba con admiración y respeto, las gestas de unos soldados coterráneos que habían participado en la Guerra de Corea a comienzos de los años cincuenta. En un remoto pueblo nortesantandereano llamado El Carmen, un corregimiento del municipio de Sardinata, sus moradores hablaban de tres hombres que nos habían representado con gran orgullo en tierras del Lejano Oriente: José Rosario Rincón, Carlos Julio Granados y Gonzalo Gutiérrez. Como aún era un niño, no entendía el significado de tan magna hazaña, pero me quedó grabada para siempre la imagen de estos tres valientes personajes. Eran amigos de la casa. Mi padre era expendedor de carne y además tenía una tienda grande que surtía a gran parte del sector rural, pero además tenía una habilidad muy grande para entablar conversación con sus amigos, razones poderosas para que estos tres soldados de la patria le contaran a mi padre su periplo por el país asiático. Solo recuerdo que hablaban de batallas campales, pero como no entendía mucho de eso, pensaba que se trataba de películas que ellos narraban por costumbre o que habían visto en alguna parte.

Uno de ellos, Gonzalo Gutiérrez era compadre de mi papá, por lo que frecuentaba regularmente nuestra casa. Por su parte, Carlos Julio Granados, cada vez que salía al pueblo pasaba a saludar a mi padre. Y del señor José Rosario Rincón, quien residía a la vera de la carretera que conducía a Sardinata, no podré jamás olvidar la tristeza cuando mi padre nos comunicó la fatídica noticia de su asesinato en su propia casa, donde pese a que mantenía su revólver al cinto, fue sorprendido sin tener mucho tiempo de reaccionar, y un maldito cuchillo fue clavado en su cuello para partir a la eternidad sin tener tiempo de despedirse de sus amigos.

No me resta más que presentar mi admiración por otro soldado que residía en la cabecera municipal de Sardinata: Candelario Ramírez, identificado con la serie militar número 12121. Fue el último veterano del cual tuve información, pues en mis épocas de estudiante de secundaria, se evocaba su nombre por doquier como un héroe digno representante de aquella población nortesantandereana, a donde finalmente mi familia llegó a vivir en búsqueda de mejores horizontes.

Cómo olvidar a don Candelario, si una frase suya se hizo popular en todo el pueblo (aún se emplea), pues cuando a algún paisano le ofrecen un cigarro, simplemente contesta: “*no smoking, como dijo Candelario*”. Se dice que Candelario usaba esta frase con frecuencia y la gente la había tomado jocosamente para rechazar el ofrecimiento de cigarrillos, pues era bien sabido que el idioma común que se usaba en Corea era el inglés (por su afiliación al regimiento norteamericano), y pese a que nuestros soldados no lo hablaban cabalmente, aprendieron algunas palabras o frases que luego ellos tarareaban en sus conversaciones a su regreso a Colombia.

Paz en la tumba de estos cuatro guerreros. A sus descendientes, mi mensaje de gratitud y aprecio en estos setenta años de gloria (1951-2021). De igual manera, condolencias a los deudos de los demás veteranos del país que también han muerto por diferentes causas.

Por último, presento un saludo de felicitación a cada uno de los veteranos que aún permanecen con vida pese a las vicisitudes, en especial, por la emergencia sanitaria generada por el *Covid-19*. Su legado será un referente para las reservas de la Fuerza Pública y un verdadero ejemplo para todos sus integrantes en servicio activo. Extiendo este saludo a sus distinguidas familias, que se enorgullecen de tenerlos a su lado y que estoy seguro, sabrán cuidarlos para que nos acompañen por muchos años más.

*Bogotá, D.C., 10 de octubre de 2021*

## Queríamos ser héroes como los veteranos de Corea

*Por: Willington Mayorquino Ramírez – Subcomisario en retiro*

La primera vez que escuché hablar de los veteranos combatientes de la Guerra de Corea, tenía apenas ocho años y fue por parte del primo Santos, un pariente lejano que para mediados de los años 80 era ya un adulto mayor, con quien todas las tardes al llegar el ocaso, después de terminar las faenas diarias del campo, nos disponíamos en una banca con mis hermanos mayores a escuchar las aventuras de Kalimán. Luego de imaginar cada aventura del “Hombre Increíble”, el primo Santos nos deleitaba con muchas historias hasta las nueve de la noche, donde cada episodio ponía a volar nuestra imaginación. Aquel ejercicio nos divertía mucho porque en la vereda no había energía eléctrica y carecíamos de televisión. De esta forma cada día al amanecer deseábamos que el día pasara rápido, para escuchar por Radio Todelar un nuevo episodio, así como las historias de los pormenores de la violencia partidista y de las guerras en las que había participado Colombia: la Guerra de Corea a comienzos de la década del 50 y la del Canal del Suez en 1956.

El primo tan solo había estado en la guerra partidista. De los sucesos de las otras guerras eran apenas relatos que su memoria guardaba y que había escuchado de sus coterráneos tolimenses que habían participado en las misiones convocadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Me causó curiosidad que alguna vez nos narró acerca de algunos combatientes de Corea, pertenecientes al Batallón Colombia, naturales de Boyacá, quienes usaban las hondas, unas de las armas más antiguas de la humanidad y aunque no eran elementos de dotación, las llevaban siempre consigo y muchas veces las usaron en contra del enemigo. También relataba que a los tolimenses nunca les faltaba el machete y que los combatientes más arriesgados y valientes, eran los santandereanos, boyacenses y tolimenses.

Todos esos relatos nos fascinaban y decíamos que queríamos ser héroes como los veteranos de Corea. Pero luego nuestro primo partió a tierras del Ariari a sembrar plátano en una finca que había comprado y entonces las tertulias se acabaron. Luego volví a saber de los colombianos combatientes de la Guerra de Corea en uno de los periódicos de circulación nacional, donde un titular anunciaba que habían sido olvidados por el Gobierno Nacional y que la pensión vitalicia que alguna vez les habían indicado, se había quedado en solo promesas. Confieso que ese día me dio mucha tristeza saber que muchos de ellos estaban en el más profundo abandono. En ese instante vino a mi mente aquel libro de Gabo, *El coronel no tiene quien le escriba*, donde el protagonista mantenía la ilusión de recibir la gratificación que el gobierno siempre le había prometido pero que nunca le había llegado, y ante el reclamo de su esposa: “*dime, qué comemos*”, él respondió como nunca lo había hecho en setenta y cinco años: “*m...*”.

Luego de esa noticia por muchos años tuve el anhelo de poder conversar con un veterano de la Guerra de Corea y la vida me lo concedió en el año 2007 cuando me desempeñaba como comandante de la Estación de Policía Restrepo, en el departamento del Meta, donde pude conocer a don Benigno Castillo González, un ciudadano ilustre de dicho municipio que me contó su propia historia en la guerra, y donde refería que a pesar de los tantos años que han pasado, aquel país aún agradece todo el apoyo que les brindó el Batallón Colombia.

Es por aquella historia de don Benigno Castillo, que nace la idea de escribir este libro en homenaje a los más grandes veteranos de Colombia: los combatientes de la Guerra de Corea.

*Villavicencio, 10 de octubre de 2021*

## En reconocimiento al coraje de los veteranos de Corea

*Por: Jaime Fernando Amaya Bustos – Comisario en retiro*

Han transcurrido setenta años desde que el Batallón Colombia dio inicio a su participación solidaria y de apoyo a una nación necesitada de paz, en defensa de la opresión comunista. Cada uno de sus integrantes entre soldados, suboficiales y oficiales cosecharon el reconocimiento de honorabilidad, determinación y liderazgo del colombiano ante el mundo.

Hombres de diferentes regiones del país, algunos con experiencia en la milicia y otros en labores de labranza, profesionales, campesinos, trabajadores, estudiantes... pero todos valientes, íntegros y leales, quienes abrazaron la bandera tricolor, llevando consigo su patria aferrados a un símbolo colocado en los lugares conquistados y entregando la sangre de sus heridas causadas por el fragor de los combates.

Participación que marcó un antes y un después en la estructuración del Ejército Nacional, que parte de la mística profesional y la combinación ideológica del por qué se debe combatir, que hasta entonces no contaba con la experiencia de una guerra entre naciones, que hace al día de hoy a Colombia un aliado estratégico de los Estados Unidos de América, con cooperación bilateral en lo militar y en lo político. De igual forma el vínculo con la República de Corea (Corea del Sur), reviste gran relevancia.

He sido testigo del reconocimiento y respeto a los veteranos en otras naciones, tal como Estados Unidos, lo cual ha sido mi inspiración para ser portavoz de ellos. Esto es en memoria de cada uno de los veteranos del Batallón Colombia y de aquellos tripulantes de las tres fragatas, Almirante Padilla, Capitán Tono y Almirante Brión de la Armada Nacional de Colombia, que también participaron de este conflicto histórico.

Admiro en sumo grado a los veteranos de la Guerra de Corea y cada una de sus historias llenas de hazañas de valor, osadía y resiliencia; es por eso que en este libro conocerán algunas de sus experiencias donde el lector podrá transportarse a la época de aquel conflicto, en el que Colombia acató la solicitud de la Organización de las Naciones Unidas, ONU, de acuerdo a los compromisos adquiridos por el gobierno ante la diplomacia internacional.

Tuve la oportunidad de conocer y compartir en algunos eventos y conmemoraciones junto a algunos de los veteranos, incluso con quienes ya no nos acompañan, siendo un gran honor y alegría presenciar cómo se llevaban los aplausos, gritos y ovaciones del público asistente.

Agradezco de manera sincera a cada uno de los veteranos entrevistados y a sus familias, quienes permitieron la recopilación de sus memorias e historias, junto a las fotografías que ambientarán las palabras narradas en este compendio. Igualmente a la Asociación Colombiana de Veteranos de la Guerra de Corea, ASCOVE (sede Bucaramanga), representada por la señora Gladys Soto; así como al señor SV (r) Marco Antonio Abril Calderón, integrante de la junta directiva de la Asociación de Riesgo Cardiovascular Policía Nacional, ASOCARVA.

Aprecio especialmente la ayuda y colaboración de mi esposa Argelia María y mis hijos, en particular Jessica, quien me apoyó con su talento para escribir y su pasión por la lectura. Ella fue muy importante para mí en la elaboración de los textos de esta compilación.

Por último, agradezco a la señora sargento mayor en retiro Rocío Yara Álvarez, en la ciudad de Cúcuta, por la recepción de entrevistas a veteranos de esa parte del país, y desde luego por apoyar esta clase de iniciativas.

*Bucaramanga, 10 de octubre de 2021*

## Relatos y memorias de los veteranos de Corea

*"He combatido en tres guerras. Pensé que nada me faltaba por ver en el campo del heroísmo y de la intrepidez humana. ¡Pero me faltaba ver combatir al Batallón Colombia!"*

*(Mayor general Blackshear Bryan, comandante 24 División de Infantería de EE.UU.)*

El reconocimiento por la valentía de los soldados colombianos que participaron en la Guerra de Corea se ha dado en varios escenarios. No solo los altos oficiales del ejército norteamericano han resaltado a los militares nuestros, sino que también lo ha hecho en reiteradas ocasiones el gobierno coreano. Por ejemplo, en Incheon, Corea del Sur, existe un parque denominado Gyeongmyeong, también conocido como Parque Colombia, donde se levantó un monumento en honor a nuestros veteranos y en una placa en letras mayúsculas se lee textualmente:

GALLARDOS SOLDADOS DE COLOMBIA  
NACIDOS EN EL ESPÍRITU DEL MAR DEL CARIBE  
PUSISTEIS EN ALTO EL ESTANDARTE DE LAS NACIONES UNIDAS  
Y LUCHANDO POR LA LIBERTAD Y POR LA PAZ  
611 DE VUESTROS NOBLES GUERREROS  
VERTIERON POR ÚLTIMO LA SANGRE  
PARA VUESTRA ETERNA MEMORIA  
ERIGIMOS AQUÍ Y DEDICAMOS ESTE MONUMENTO

De igual forma, en la base de la 15ª División de Infantería de Hwacheon, en donde el Batallón Colombia tuvo un puesto de mando (más exactamente en la Escuela Primaria Sanyang), existe un monumento a los nuestros caídos en acción, dado que allí el afamado contingente colombiano libró batallas en favor de la paz y la libertad de sus habitantes. Así lo expresó el señor Choi Moon Soon, gobernador de Hwacheon: *"nuestra región pertenecía a Corea del Norte. Antes de la guerra éramos parte de la región del Kumsong, pero gracias a que los soldados del Batallón Colombia recuperaron este territorio y lo mantuvieron, ahora somos de Corea del Sur y somos libres"*.

Así las cosas, los halagos a estos valientes soldados en otros hemisferios han sido reiterativos. Desde luego que en Colombia también se han hecho grandes esfuerzos para no olvidar la memoria de estos compatriotas veteranos de Corea. El estamento estatal, las Fuerzas Militares, la prensa hablada y escrita, y en fin toda la sociedad colombiana, han rendido tributo de distintas maneras. Hoy también tres suboficiales y mandos del nivel ejecutivo de la reserva activa de la Policía Nacional, con la ayuda económica de varios ciudadanos, queremos a través de estas letras homenajear a estos humildes soldados que un buen día decidieron representar al país y al continente latinoamericano, en defensa de la democracia, la libertad y la paz mundial.

A continuación, con gran orgullo presentamos veinte vivencias de veteranos colombianos que participaron en este conflicto internacional, algunas relatadas por sus propios protagonistas que para gloria nuestra aún se encuentran con vida, y otras narradas por familiares o descendientes de aquellos que murieron en la guerra o que por diferentes razones fallecieron en territorio patrio. Historias de júbilo y dolor que recordarán la magna participación de estos humildes compatriotas en tierras lejanas, y que hoy setenta años después, entregamos a las actuales y futuras generaciones para que sirva como ejemplo de honor, patriotismo y heroísmo.



## Relato del veterano Benigno Castillo González



Soy de familia campesina, hijo de José Castillo y Octavia González, natural de la vereda Curiche, municipio de El Peñón, departamento de Cundinamarca, Colombia. Fuimos nueve hermanos y nos criamos en una parcela de aquella vereda.

En el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, se creó una ley que refería que “campesinos que trabajaban la tierra y cumplieran veinte años, los dueños debían escriturárselas”. Entonces unos terratenientes, entre ellos don Teodoro Mejía, eran dueños de unas 200 a 400 hectáreas. Nosotros como parceleros ocupábamos 5 hectáreas. Todos los parceleros eran aproximadamente de 30 a 50, que eran mejoras donde se pagaba el arriendo a los terratenientes con trabajo que demandaba la finca, tales como cortar caña, coger café, limpiar potreros, cuidar ganado, entre otros. En las parcelas se cultivaba fríjol, yuca y plátano; eso era para el sustento, y el remanente se sacaba a la venta.

Recuerdo que nos íbamos de la vereda hasta El Peñón a lomo de mula, lo cual se tardaba aproximadamente una hora. La citada ley no se dio a conocer ampliamente pues los medios de comunicación eran escasos y prácticamente los grandes terratenientes y gamonales fueron los únicos que tuvieron acceso a la información oficial. En el año de 1945, empezaron a sacar a la gente de las parcelas, los terratenientes empezaron a comprarles las mejoras, con la excusa que necesitaban las tierras. En esa época el dirigente Jorge Eliécer Gaitán ya tenía su discurso para el pueblo, pero no era muy acentuado, y era escasa la información. Los terratenientes lo tenían todo, nosotros los hijos de los campesinos podíamos estudiar hasta primero y segundo de primaria, muy diferente acontecía con los hijos de los hacendados que sí podían acceder a la educación de la capital. Mi papá con el dinero de la venta de la parcela, se fue para el municipio de Pacho, Cundinamarca, y en una inspección de policía llamada Tudela, vereda Veraguas, compró un pedazo de tierra.

La compra de esa finquita fue en el año 46, allí nos estaba yendo bien, pero llegó el 9 de abril de 1948, matan a Gaitán y se genera la violencia partidista. En esa época hubo un fanatismo político y lo que se vio fue el mal manejo de parte de los políticos de turno, quienes azuzaban a la gente para que se mataran unos con otros. Ellos mismos armaron las gentes y de ahí vino la violencia. Mi familia era conservadora y en esa región solo había dos familias conservadoras: los Orjuela y la nuestra. Entonces fuimos perseguidos por los liberales y luego de estar allí por casi tres años, debimos desplazarnos hacia el municipio de Muzo en el departamento de Boyacá, en el cañón Guaquimay. Allí siguió la violencia. Nos dijeron que tuviéramos cuidado y que en cualquier momento nos llegarían allí. Debido a eso debimos salir de nuevo y nos fuimos para más adentro de Muzo, a una vereda que se llamaba Barro Blanco y llegamos a donde una familia liberal muy humana, que no se había vinculado a ningún grupo armado. Allí nos permitieron llegar y alojar.

De vez en cuando íbamos al cañón a pasarle revista a la finca. Esa familia liberal nos había dado estadía allí, por estrategia, ya que ellos consideraban que estando una familia conservadora allí, podían salvaguardarse de los *chulavitas* y no les causarían daño, gracias a su gesto con los conservadores. Así mismo la familia Castillo a la que yo pertenecía, también lo había considerado que esto era un beneficio importante, pues al estar en una tierra de liberales evitarían de esta forma la persecución. Pero el 28 de marzo de 1950, llegó la banda de los liberales y asesinaron a mi papá y a mi mamá, así como al hijo mayor del dueño de la finca, y a un trabajador de mi familia. Yo en ese momento tenía catorce años. Nos dejaron sin nada, todo lo saquearon, nos dejaron con lo que teníamos puesto. Mi mamá esa noche cuando escuchó todo el problema abrió la puerta y la mataron a tiros, mi papá estaba parándose de la cama y le dispararon en el corazón, de igual forma mataron al trabajador. Con mis hermanos tratamos de auxiliar a mi mamá para salvarla pero fue imposible, estaba muy malherida y nos tocó abandonarla ya muriéndose.

En esa horrible noche, con mi abuela paterna quedamos vivos tres hermanos. Se salvaron mi hermano mayor Luis Alberto Castillo, quien para ese entonces estaba enviado con una profesora de otra vereda y afortunadamente no estaba allí. Se salvó también mi hermana que estaba estudiando en Tunja, así mismo un hermano de nombre Fermín que en ese momento estaba en Tunja prestando el servicio militar. Mi hermano Fermín al terminar su servicio militar ingresó a la Policía Nacional y fue asesinado el 14 de marzo de 1952 en una emboscada realizada por las guerrillas liberales de Guadalupe Salcedo, grupo al mando del capitán Dumar Aljure, en Boca de Monte, actual municipio de Granada, en el departamento del Meta. Retomando la masacre de mis padres, el instinto de supervivencia nos hizo meter al monte con otro hermano. Como a las cinco de la madrugada, regresamos y vimos la escena de los cuatro muertos. Estábamos a cinco horas de Muzo, imagínense una situación de esas, sin conocer a nadie, ya que a Muzo nunca habíamos ido.

Entonces llegamos a Muzo sin conocer a nadie y sin tener un sitio a donde llegar. Dimos aviso a las autoridades quienes vinieron a recoger los muertos en la finca. A Muzo, un pueblo callado, llegamos cinco (cuatro hermanos y mi abuela). Lo único que teníamos puesto era la ropa de trabajo. No conocíamos a nadie, no teníamos conocido alguno. Afortunadamente una familia muy generosa nos dio techo en una casa que se encontraba abandonada y la gente caritativa nos dio de comer y nos ayudó a enterrar los muertos. Eso fue rápido, se les dio cristiana sepultura. Nadie opinaba nada. Ya instalados en Muzo, mis hermanos mayores se fueron para la mina de esmeraldas. Yo me quedé con mi abuela y empecé a rebuscarme: ayudaba en oficios varios en el pueblo, colaboraba en la carnicería y me daban el hueso para el caldo. Hacía un mandado aquí y allá, le traía el caballo al uno y al otro, pintaba y en fin me convertí en un *todero*, ayudaba al que fuera. Y de esta forma me gané el aprecio de la gente del pueblo. Luego me metí de ayudante de albañilería y en ese entonces estaban construyendo el puente sobre el río Minero.

En aquel trabajo me iba temprano, a las cinco, para estar en el trabajo a las siete de la mañana. Recuerdo que mi abuela me empacaba el almuerzo temprano en unas hojas y me iba a pie, porque no había más. A las cinco de la tarde salía y me devolvía para el pueblo. Al tiempo, en el año 1951, nos devolvimos para El Peñón con mi abuela. Ya mis dos hermanos se quedaron trabajando en Muzo mientras mi hermana se había ido para Pacho donde se casó. Y la otra hermana seguía estudiando en Tunja, y mi hermana menor se fue a vivir con mi hermano mayor que para ese entonces ya se había casado con la profesora. Miren como es la vida: al regresar a El Peñón me tocó volver a trabajar con el terrateniente, es decir, con la familia Mejía Escobar, que eran los dueños de las tierras y la familia más influyente. Se inició a trabajar con ellos, no había de otra. Allí empecé a ayudar en la producción de quesos. Pero al terminar el año de 1952, nos devolvimos a Muzo. Entonces me vinculé a las minas como mesero y ya éramos tres hermanos trabajando en las minas. Empecé a ganar 60 pesos.

En 1952 se presentó el reclutamiento para el Ejército. Se presentó mi hermano Emiliano que era mayor de edad, y yo me presenté con 17 años. A mí me rechazaron por ser menor de edad, pero insistí tanto, que mi hermano mayor tuvo que firmar un poder. Entonces me reclutaron y me llevaron para el Batallón Ricaurte. Estando allí, después de jurar bandera, un día en formación nos dijeron: “*un paso adelante quienes quieran ir a Corea*”, y coincidentalmente salimos dos, mi hermano mayor y yo. Había algo en nosotros que queríamos descubrir: “qué era portar un arma, qué se sentía tener las armas en medio del conflicto”. Pero también había algo en nosotros que nos llamaba, era algo que nos había marcado: la muerte de nuestros padres y el sufrimiento vivido por la masacre de nuestros padres, producto de esa violencia tan terrible.

Luego que nos propusimos voluntariamente, nos llevaron a la Escuela de Infantería. Se organizó el noveno relevo del Tercer Batallón, ya la guerra de Corea había iniciado el 25 de junio 1950, con la invasión por parte del norte a Seúl capital del sur. Este fue el primer conflicto armado de la Guerra Fría entre Estados Unidos (capitalista), que respaldaba a Corea del Sur, y la Unión Soviética (socialista), aliados de Corea del Norte. El Batallón Colombia había iniciado su participación en dicho conflicto el 15 de junio de 1951. Durante toda la guerra participamos aproximadamente 5.100 combatientes colombianos. A nuestro grupo lo llevaron a un entrenamiento especial al sector de Caparrapí, la Palma y Yacopí, una zona que había sido muy violenta, en la que estuvo *la chusma*. Todo eso del rentrenamiento, del viaje a Corea, nos sirvió como una catarsis, había mucho represamiento en el pecho, en el alma, mucha cosa. Damos gracias a Dios porque vinimos de Corea limpios, sin rencor, sin mucha cosa. Nos ayudó a limpiarnos de ese rencor. Perdonar si no. Que le digan a uno que perdonar a quien le mató a uno la mamá y el papá es difícil, eso son palabrerías de quienes no han vivido una cosa de esas, hay gente que habla muchas *pendejadas*, hay gente que habla por hablar, personas a quienes nunca le han matado un familiar, que no han sufrido.

El entrenamiento especial duró como unos veinte días a un mes máximo, y luego de culminar esa fase, partimos de Bogotá para Cartagena, y de allí nos embarcaron para Panamá el 15 de diciembre de 1952. En Panamá estuvimos un día, y de allí nos envían con tropas de Naciones Unidas hacia Hawái. El viaje duró veintiocho días. Estuvimos allí una noche y luego de allí nos llevaron a Tokio, donde nos embarcaron hacia el puerto de Busan en Corea y luego por ferrocarril nos llevaron a los sitios de reentrenamiento. Esto fue en los primeros meses de 1953, ejercicio que duró aproximadamente un mes, y ya luego fuimos distribuidos en los puestos de combate. Los batallones que estuvieron en Corea fueron cuatro, el de nosotros fue el tercero y lo conformaban aproximadamente trescientos hombres al mando del coronel Alberto Ruiz Novoa, quien luego fuera Contralor General de la República. En ese puesto de Contralor (en la época del general Rojas Pinilla) pudo ayudar a muchos de los combatientes de la guerra, nombrándolos en diferentes cargos. También Ruiz Novoa fue comandante del Ejército Nacional en 1960. Dentro de los oficiales destacados también estuvo en ese entonces el capitán Álvaro Valencia Tovar, una “lumbera de hombre”, muy buena persona, quien después fue además comandante del Ejército en el año de 1974.

También entre los mandos estuvo el teniente Serrano. Volviendo al tema, el cuarto batallón estuvo ya durante el periodo del armisticio, cuando firmaron el pacto de no agresión entre los dos países del norte y del sur. Cuando nosotros llegamos a los puestos de combate, estos ya estaban construidos, eran sitios con zanjas de arrastre inmensas, de kilómetros, kilómetros y kilómetros de largo, uno podía correr entre ellas, pues nos cubrían totalmente, tenían dos metros de alto; a cada cierto espacio de longitud, cada 50 metros, había unas *casamatas*, que eran unas especies de ventanas cubiertas con lonas de arena, que desde allí se podía observar el frente y movimiento del enemigo. Esa zanja de arrastre permitía circular por toda la zona asignada, en cada zona estaban batallones de diferentes nacionalidades: colombianos, etíopes, ingleses, franceses, entre otros.

El batallón colombiano estaba distribuido en diferentes posiciones: unos tenían que cubrir las zanjas, otros debían patrullar en sitios estratégicos y otros salían a hacerle frente a los enemigos por el sitio atacado. Allí había sitios estratégicos como el cerro 180 y el cerro El Chamizo. La joya de la corona, el Old Baldy o Viejo Calvo, era un cerro que se encontraba en medio de un valle, cerca de la línea limítrofe entre las dos coreas, era el sitio más estratégico, pues el que se tomara ese cerro tenía un privilegio muy grande porque podía divisar el movimiento de la tropa enemiga y de esta forma tener un dominio sobre todo ese sector. Recuerdo que en la línea divisoria entre los dos países, los norcoreanos con unos altoparlantes dirigidos hacia donde estábamos, mediante un traductor del español nos decían: *“colombianos ustedes qué hacen peleando una guerra que no les pertenece”*. Eso lo hacían para desmotivarnos, pura guerra psicológica. Y también nos decían: *“estos son puros intereses de los gringos, colombianos qué hacen acá, esta no es su guerra”*. Por la toma de posicionamiento del cerro se presentaron varios enfrentamientos. Las Naciones Unidas atacaba a los norcoreanos y chinos y tomaban situación, y luego al tiempo en contraataque, los chinos y norcoreanos recuperaban el cerro, arrasando las tropas de las Naciones Unidas.

El gran orgullo para el Batallón Colombia en el ataque del 23 de marzo de 1953, fue que no nos pudieron sacar del Old Baldy, no nos pudieron desplazar. Colombia tenía la responsabilidad de defender esa posición. Había también tropa de otras naciones, pero ellos estaban como refuerzo, éramos como unos cuatrocientos. La embestida inició de parte de los norcoreanos y chinos sobre las 7 p.m. al tratar de tomarse el cerro, parecían hormigas, eran miles de hombres subiendo. Luego llegaron los refuerzos aéreos de la aviación americana. Los aviones iluminaron todo el sector, quedó como si fuese de día, la aviación y la artillería americana fue una bendición, pues les disparaban y los enemigos desaparecían. A los cinco minutos volvían, se paraban, seguían tratando de subir y así toda la noche.

Les llegaban los refuerzos por miles durante toda la noche, pues la estrategia de ellos era siempre superar a nuestras tropas en capacidad numérica, es decir, si un batallón tenía trescientos hombres, los coreanos enviaban dos mil hombres. Ese día fue impresionante, yo no estaba en el cerro, pero estábamos por los lados, en unas patrullas adelantadas para realizar maniobras de envolvimiento y apoyo en caso de un ataque. Era nuestro pelotón como cuarenta hombres y la patrulla nuestra perdió comunicación con otra patrulla que estaba en el anillo más interno, que eran cinco soldados, la cual tenía la orden de informar oportunamente cómo estaba el combate y así preventivamente poder tomar posiciones de contraataque. El comandante del pelotón nuestro, el teniente Rodríguez, al ver que se había perdido contacto con la otra patrulla, solicitó unos voluntarios para averiguar qué había pasado con la avanzada.

Para esa misión salimos mi hermano y yo, junto a otro soldado. Aclaro que durante el servicio militar, el rentrenamiento y la guerra, siempre me tocó en la misma escuadra con mi hermano. Entonces el teniente que nos conocía de tiempo atrás en Colombia, porque una hermanita de él estudiaba con una hermana mía en Tunja, dijo: *“pero cómo voy a mandar a un par de huevones hermanos”*, y entonces le dio la orden a Emiliano que se quedara y cambió a mi hermano por otro soldado. Fue así como mi teniente Rodríguez dispuso: *“esta es la consigna, que si ustedes ven que a la patrulla la masacraron, lanzan una bengala de color rojo y si ven que se puede avanzar, lanzan una bengala amarilla”*. Y así nos fuimos tres soldados a cumplir la orden. Al llegar al sitio de una casamata encontramos compañeros del batallón heridos, topamos chinos moribundos y muertos, y la patrulla nuestra nada que aparecía, por ningún lado se asomaban y entonces dije: *“bueno acá nos morimos todos o nos salvamos todos”*, y fue así que le puse la bengala a mi fusil y di luz amarilla y con el comandante Rodríguez avanzamos toda la compañía y pudimos rescatar al resto de patrulla y de esta forma pudimos seguir avanzando para poder apoyar a los compañeros que se encontraban en el cerro.



Esa actuación mía aquella noche me sirvió para que me condecoraran con la medalla “honor al deber cumplido por V”, es decir, “con valor”. Siempre que había los enfrentamientos, los chinos y norcoreanos, no solo atacaban los cerros sino que además lo hacían a las zanjas y cuando uno iba por ellas, eran muchos los muertos que ocasionaba la aviación y uno tenía que andar por encima de ellos, esa noche no fue la excepción. Los coreanos desistieron de seguir combatiendo hasta el otro día. El Batallón Colombia también tuvo sus bajas y sus heridos, un hecho normal de la acción del combate. Los generales americanos estaban maravillados y ese día un general estadounidense dijo: *“he estado en muchos conflictos del mundo, pero nunca había conocido el heroísmo”*. Esa noche este alto oficial conoció el heroísmo con los colombianos. Esa era la fortaleza de las Naciones Unidas.

Así las cosas, los norcoreanos y chinos nunca pudieron usar sus aviones y siempre que lo intentaban, los americanos se los derribaban, pero la aviación americana sí podía atacar al enemigo con facilidad con sus aeronaves y apoyar a la tropa en tierra. Luego de ese combate de marzo, estuvimos en las posiciones de combate por tres meses más, hasta el 23 de julio de 1953 y luego nos llevaron a Tokio. Nos dieron unas vacaciones, nos proporcionaron unas *valeras* con unos bonos y con ellos podíamos adquirir artículos de primera necesidad. En Tokio había como unas especies de clubes y allí podíamos tomar los alimentos y allí también nos recreábamos. Para ese tiempo el presidente Dwight Eisenhower de Estados Unidos amenazó con utilizar armas nucleares contra Corea del Norte y China. Entonces ante la amenaza se rinden los norcoreanos y los chinos, y luego ya firman el armisticio en la frontera sobre el paralelo 38. Una vez más este siguió siendo la línea divisoria entre las dos coreas y cada uno de estos dos países respetaban ese límite. El batallón regresó a Bogotá el 23 de diciembre de 1953. Nos dieron las gracias por el servicio prestado a la patria, nos despidieron y desde esa época hasta la presente se olvidaron.

El Batallón Colombia siguió participando en Corea ya durante la firma del armisticio hasta el 29 de octubre de 1955. Se recuerda que durante este conflicto los colombianos tuvimos en total 163 muertos en acción, 448 heridos y 28 desaparecidos. Luego de terminar el servicio me fui para Muzo donde empiezo a trabajar en oficios varios, me empleé como fontanero, pero también empecé a ennoviar y a tomar traguito. Luego en el mes de abril me fui para Bogotá a donde una tía materna, me fui a conseguir trabajo. Fue así como un señor Miguel Lindo Ortiz, director de un penal, me ofreció trabajo en Palmira como guardián. Tenía que sacarme unos exámenes, que debía pagar allá, y me dije: *“no tengo con qué vivir en Bogotá, no tengo ni para un tinto y sí voy a pagar pasajes allá, sin la garantía de que me recibieran a trabajar y qué tal que los exámenes salgan mal”*. Por eso mejor dije que no.

Luego me devolví para Muzo y empecé a trabajar en las minas en los campamentos, allá había tres casas y cada una tenía sus casinos. En el número uno, pernoctaban y comían el administrador, los ingenieros y los oficiales del Ejército; el casino número dos, que era en el que yo laboraba, comían los empleados medios, los suboficiales del Ejército; y el casino tres era para los obreros y el resto de la tropa del Ejército. Allí también había una escuela pública en la que pude estudiar en la nocturna y logré aprender algo, ya que tiempo atrás no había podido por la misma situación vivida. En ese oficio de mesero pude relacionarme con los ingenieros, con gente influyente como Ernesto Posada Tobón, un familiar del doctor Botero de los Ríos, que me ayudaron a vincularme al Banco de la República, entidad de gobierno que tenía en concesión las minas de carbón, de esmeraldas y las de sal.

Así las cosas, fui vinculado a la Concesión Salinas el 2 de mayo de 1955 en el cargo de vigilante con un sueldo de 150 pesos al mes. Esta concesión tenía adjudicadas las minas de sal de Zipaquirá, Manaure, Nemocón, Galerazamba, Pozos Colorados, Chita, Muneque, Chámeza y Recetor.

Inicialmente empecé labores en las minas de Zipaquirá, luego fui enviado a comisión el 21 de marzo de 1956 a las minas de Upín en el municipio de Restrepo, Meta, y allí conocí a Clelia Alcántara, una tameña, el amor de mi vida, eso fue amor a primera vista. Después nuevamente me regresaron a Zipaquirá, en donde actualmente queda Refisal, cerca de Cajicá, y después me llevaron a una mina de carbón llamada San Jorge, más arriba del municipio de Zipa. Posteriormente me llevaron a laborar a Nemocón, por allá estuve un tiempo y me regresaron para Restrepo a las minas de Upín. En esa temporada me reconcilié con la novia, porque en la comisión pasada me había peleado con ella. Entonces nos reconciamos y el 19 de marzo de 1960 contraí nupcias con Clelia. El matrimonio fue de bendición porque cuando llegué tenía el cargo de vigilante y luego me ascendieron como bodeguero de sales y posteriormente como almacenista. Después hubo un accidente en donde un vigilante hirió a un secretario y al haber esa vacante me ascendieron a secretario.

En el cargo de secretario estuve hasta septiembre de 1977. En ese mismo año me trasladaron como administrador de las salinas de Galerazamba, donde estuve con mi esposa por dos años. Por último, en diciembre de 1979, me trasladaron nuevamente para Nemocón como administrador, allí trabajé hasta 1981 cuando alcancé mi pensión, luego de haber trabajado 26 años. Me pensioné con un sueldo de 45.000 pesos. De mi matrimonio tuve cinco hijos, cuatro vivos, porque el primer varoncito se me murió. Regresé a Restrepo, Meta, en el año de 1981, en donde me establecí como comerciante. Allí tuve una distribuidora de cemento, luego me dieron la distribución de sal para Restrepo, luego la distribución de aguardiente llanero, luego monté la licorera que funcionó durante 30 años. También fui concejal del municipio de Restrepo de 1984 a 1986, solo fue por ese tiempo, cuando era a honoris causa. En esa época la política era bonita, hoy en día los políticos se saltan de un partido a otro y no se ponen ni *coloraditos*. Como después eso se descompuso y por todos los horrores de la corrupción, nunca más volví a aspirar.

Yo le decía a un coreano en una entrevista que me hizo el profesor Huang, que hace parte de una ONG que se llama Korean War Legacy Foundation, quien se encargó de hacer una reseña de las historias y vivencias de los combatientes de todos los países que participaron en la Guerra de Corea: “*con ese cuento de la democracia de las grandes potencias, dejan masacrar a los pueblos, es el caso de Siria, ahora el de Venezuela y todo con el cuento de la democracia*”. En relación con los excombatientes de Corea, para el gobierno de Colombia, muchos esperaron por años una pensión de sobrevivencia en compensación por su participación en la guerra. A algunos después de 50 años les reconocieron algo, algunos murieron de viejos, pero la gran mayoría, quedaron en el olvido.

Hay mucha gente que desconoce esto, especialmente los jóvenes. Pero los que sí nos recuerdan constantemente es el gobierno de Corea. Ese gobierno todos los años a sus funcionarios, les descuentan un día de salario y envían ese dinero a la Embajada de Corea en Colombia.

Así las cosas, el gobierno coreano auxilia a los excombatientes de estrato 1 y 2 y sus descendientes, conceden becas de estudios para primaria y bachillerato, así mismo conceden becas para ir a estudiar carreras profesionales a Corea. El embajador de Corea y sus agregados militares nos han hecho homenajes en Bogotá. En una oportunidad la presidenta de Corea del Sur, Park Geun-hye, vino y nos dio una medalla, unas artesanías y una bufanda. Pero esa vez, además la señora presidenta, nos invitó a almorzar a un hotel, y finalmente nos nombró *embajadores de paz del gobierno de Corea*. De igual forma, no hace mucho los coreanos hicieron una edificación cerca de la Clínica Shaio en Bogotá y dos pisos fueron asignados a la asociación de excombatientes, ASCOVE, a ella pertenecemos la mayoría. También los que viven en la capital participan cada año en el desfile del Día de la Independencia Nacional, cada 20 de julio. Asimismo, en el año 2013, invitaron a algunos a Corea y allá les rindieron cumplidas distinciones.

Por su parte, el 14 de junio de 2014, en la base de infantería de la Decimoquinta División localizada en Hwacheon, erigieron el monumento a *los héroes caídos*. De igual modo, el 25 de julio de 2018 en la ciudad de Incheon, cerca de Seúl, el gobierno coreano también inauguró un parque en honor a los soldados colombianos. Lo que sí es cierto es que el gobierno de Colombia brilla por su ausencia.

Actualmente vivo en Restrepo, Meta, a veinte minutos de la ciudad de Villavicencio. Terminó diciendo que mi hermano Emiliano, el que había ido conmigo a Corea, quien trabajaba en el Banco de la República, al salir de la oficina el 29 de marzo de 1966, sufrió una trombosis, estuvo una semana en cuidados intensivos y finalmente murió. Agradezco al señor subcomisario en retiro Willington Mayorquino, quien fue comandante de policía en nuestro municipio de Restrepo, por haberme realizado esta entrevista para que las futuras generaciones conozcan la historia de lo que en realidad nos correspondió vivir en Corea.

*Entrevista concedida al SC (r) Willington Mayorquino Ramírez.*



*Junto a su compañero José María Gómez un día antes de la batalla de Old Baldy*



*En el campo de batalla en Corea, el soldado Castillo (a la izquierda), señala un objetivo militar*



*De izq. a derecha: SM(r) Luis H. López, SL (r) Benigno Castillo y SC (r) Willington Mayorquino*

## Relato del veterano Santiago Díaz Baquero



Nací en Villavicencio el 21 de mayo de 1934 y me crié en el barrio El Emporio de esta misma ciudad. Soy hijo de agricultores, el mayor de tres varones. Mis padres se llamaron Anastasio Díaz Lozada, administrador de las fincas del señor Jesús López, al que le decían “Chucholotes”, un hombre adinerado que a pesar de eso, vivía con limitada comodidad. Confieso que en esa época uno era muy obediente y se respetaba a los padres, no como hoy en día que la juventud está creciendo y ya muchos no respetan a los padres. Recuerdo que para esa época ya estaba la violencia en furor y un conservador era un “rey en el cielo”. Sucedió que un domingo mi mamá me envió para misa, y la eucaristía la ofrecían en la catedral ubicada en el parque central de la ciudad. Entonces me fui por la parte alta del barrio El Emporio, que eran potreros por donde hoy están las ruinas del distrito trece de carreteras y más abajito para esa época había un molino de nombre Disinton y uno se iba por ese atajo, para salir a bombardear y coger hacia la iglesia.

Entonces apenas iba abajito del molino, allí estaba el Ejército y alguien me dijo: “*su libreta*”, y yo les dije: “*no tengo*”. Acto seguido me subieron al camión como quien echa un bulto de maíz. Me tuvieron tres días en donde era la calle tercera por los lados de la casa del gobernador, luego me llevaron para la plazoleta de Los Centauros en donde quedaba la cárcel y ahí duramos dos días más, hasta que los médicos nos examinaron, donde salimos 350 personas aptas para prestar el servicio militar. Luego nos llevaron a la Escuela de Caballería en Usaquén, nos tuvieron dos días más, nos volvieron a examinar los médicos y devolvieron dos para sus casas porque no sirvieron.

Posteriormente nos embarcaron en un ferrocarril hacia Pamplona y juré bandera el 13 de enero de 1952. Luego me enviaron para Cúcuta, pues hicieron una selección de los mejores soldados y escogieron veinte, de esos escogieron cinco soldados que nos devolvieron para Pamplona donde nos acogió un sargento mayor, de tez morena, una gran persona, quedamos a órdenes de él, quien nos pasó por la contaduría y nos dieron 13 pesos. Al día siguiente fuimos llevados a Málaga donde pasamos la noche y como a las cinco de la mañana en tren nos embarcaron hacia Ibagué y posteriormente a Usaquén. Allí en la escuela nos inscribieron a todos en un libro grande y nos dijeron que desde ya pertenecíamos al Batallón Colombia, que en esa época no se le llamaba así, pues se le decía era el CR. Entonces el sargento se despidió, nos dio la mano y nos dijo: “*muchachos que tengan buena suerte y que Dios los lleve con bien*”.

Duramos cuatro meses en instrucción en campo abierto, debajo de unos árboles de pinos donde rodeamos toda esa zona de La Calera. En esos cerros era un entrenamiento nocturno, arrastrándonos en el suelo y entrenábamos con puro cartucho de fuego. Al aclarar el día nos recogían en la séptima y luego otra vez para Usaquén. Una tarde dieron la orden: “*el CR a la plaza de armas*”, y nadie decía nada, solo sabía un sargento y el coronel Luis Novoa.



Ahí fue que nos dijeron cual era la misión y para dónde íbamos. Entonces nos llevaron al Aeropuerto de Techo (el aeropuerto antiguo porque El Dorado no existía), luego de ahí a Cartagena y allí esperamos cinco días mientras venía el barco de la ruta México y Puerto Rico. Finalmente nos embarcamos y cogimos camino a Panamá, a donde llegamos como a las veinticuatro horas. Allí llenaron el barco de agua potable y partimos a las islas de Hawái, y estando en ese viaje nos dieron el primer pago. Recuerdo que duramos como quince días mirando cielo y agua, donde todos los días los comandantes del barco daban el reporte en una hoja de papel periódico, en el que decía cuántas millas se habían recorrido, novedades tales como cuántos enfermos, cuántas personas sanas, cuánta comida quedaba, etc.

En Hawái duramos 24 horas y volvieron abastecer el barco con agua dulce, y luego en las islas vecinas de Pearl Harbor, se podía ver todavía los restos de aviones y barcos en la orilla del mar, es decir, un cementerio de aviones y barcos. Daba tristeza ver esos restos, que eran las consecuencias del ataque de Japón a la base militar y que por eso luego Estados Unidos atacó a Japón con la bomba de Hiroshima. Recuerdo que en Hawái se podía mirar las mujeres semidesnudas y que vendían su cuerpo, pues había mucha pobreza, hoy en día es una maravilla de isla. Después de eso nos fuimos y andamos otros quince días, pasamos por el meridiano 180 en el océano Pacífico y por allí el mar era muy peligroso, por lo que el barco parecía que se iba a hundir. Le tocaba a uno encomendarse a Dios y a la virgen. Y así llegamos a Hong Kong, donde nos embarcaron en unas lanchas, luego a unos ferrocarriles hasta instalarnos en unas carpas en agosto de 1952. Allí nos dieron armamento, a mí me correspondió la ametralladora Browning, punto 50 americana, con otros cinco soldados. Al resto les asignaron la carabina M1. Yo portaba la punto 50, en la espalda la carabina y en la cintura una pistola Colt 44. Nos repartieron por las zanjas y los búnkeres y luego llegó el momento de “pelar el ojo y a cuidar su cuero cada uno”.

Recuerdo que una noche mataron a mi teniente Restrepo, donde acabaron casi a toda la compañía HQ, que era la que iba de frente. Yo pertenecía a la compañía J, la que iba a la izquierda. Allí estuvimos en línea de fuego de día y noche. Esa noche casi se roban el pabellón de guerra, pues era costumbre que por nada del mundo se podía permitir que se lo llevaran las tropas enemigas, eso era un deshonor. Entonces cuando estaba bien difícil el combate, la artillería apoyó y nosotros empezamos a echar para adelante y los coreanos a retroceder. Lo heroico es que cuando mi teniente monta el pabellón de guerra en el paralelo 38, le disparan y le quitan las piernas con una ametralladora Thompson, eso fue una ráfaga que cortaba como un cuchillo, entonces el escolta de él, un soldado boyacense evitó que el pabellón se lo llevaran y con su misma arma, lo organiza y en la punta de la bayoneta monta de nuevo el pabellón. De inmediato el soldado lo izó y ahí mismo lo dieron de baja, lo mataron, pero no se dejó robar el pabellón de guerra. De los sucesos de esa hazaña heroica existía una pintura en la Casa de Nariño en la época del presidente general Rojas Pinilla, me imagino que aún debe existir.

Considero que en nuestro regimiento la artillería funcionaba muy bien y los mismo que la inteligencia, pues cuando había bajas y heridos inmediatamente los recogían junto con el armamento, no se dejaba en el sitio del combate, todo era muy rápido, el apoyo era inmediato, los heridos los llevaban para Seúl la capital de Corea a unos muy buenos hospitales. Había en Corea tropas de etíopes, holandeses, turcos, filipinos, mexicanos, puertorriqueños. Los etíopes eran unos morenos altos, solo se les veía los ojos y la dentadura, eran los más disciplinados en orden cerrado, ni siquiera los americanos tenían esa disciplina, pues si les decían: “*atención firmes*”, se quedaban supremamente quietos e inmóviles. A ellos los doblaban solo cuando los mataban. Por su parte, nosotros los colombianos nos ganamos el primer puesto de combatientes de guerra, Colombia tiene ese orgullo y la frente limpia, pues el Batallón Colombia se ganó el primer puesto, a los colombianos nos decían los “cafuches”.

Los “cafuches” son los mismos jabalíes de monte, y ellos siempre andan en manadas y si llegan a matar a alguno de ellos, atacan en grupo, le dan vueltas y vueltas al agresor hasta que logran vencerlo. Por ello a nosotros los colombianos nos llamaban así.

Recuerdo que en la línea de fuego duramos como cuatro meses. Luego ya nos sacaron a las áreas de reposo y como estímulo nos enviaron junto con cincuenta soldados para el Japón y nos entregaron 50 dólares para nuestros gastos. Con todos los gastos pagos estuvimos descansando un tiempo y luego nos dijeron que el Batallón Colombia debía regresar de nuevo a su patria, pero no dijeron cuándo. Fue así que cuando llegó el día de partir, todos los integrantes del batallón en el barco gritamos: “viva Colombia”. Eso era una felicidad inmensa saber que estábamos con vida. Y así fue como retornamos a Colombia en el año 1954, nos llevaron para Cali y luego en tren para Bogotá. Es de anotar que los cuerpos de los soldados caídos en combate, es decir nuestros compañeros fallecidos, fueron enterrados en un panteón en la Escuela Militar de Cadetes, cerca de la plaza de armas.

También en Bogotá por orden de mi coronel Ruiz Novoa, organizaron una comisión de treinta soldados y nos llevaron al Palacio Presidencial y fue allí en donde ese día estreché la mano del general Gustavo Rojas Pinilla, nos dieron una copa de champaña y un ponqué pequeño y el señor presidente nos felicitó. También nos condecoraron con “la estrella de bronce” y una medalla de las Naciones Unidas.

Luego de haber prestado mi servicio militar a la patria, incluyendo la estadía en Corea, llegué a mi casa en traje de civil el 23 de diciembre, vísperas de la navidad del año 1954. Después de eso me dediqué a la albañilería. Actualmente vivo en mi ciudad, Villavicencio.

*Entrevista concedida al SC (r) Willington Mayorquino Ramírez.*

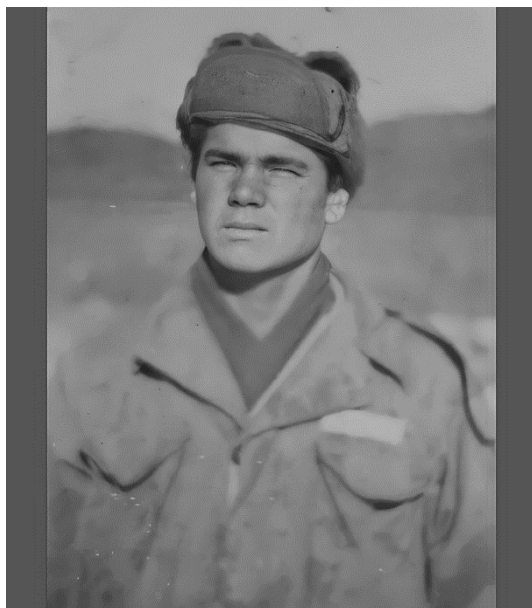


*Orgullosamente el veterano llanero Santiago Díaz sostiene la bandera de la República de Corea*



*En Villavicencio se reunieron con uno de los autores del libro, SC (r) Willington Mayorquino (centro), los veteranos Santiago Díaz B. (izq.) y Manuel Antonio Cepeda B. (der.) para recordar aquella guerra*

## Remembranza del veterano Drigelio Perdomo (†)



Según su esposa Ana Castañeda y sus hijos Edgar Ernesto y Sandra, Drigelio nació el 31 de agosto de 1932 en el corregimiento Fortalecillas, Huila. En marzo de 1952 fue reclutado por el Ejército en Ibagué, a pesar de estar trabajando en una arrocera y haber sido operado recientemente. El reclutamiento de soldados era habitual para aquel entonces, pues la guerra que se vivía al interior del país, como consecuencia del asesinato de Gaitán y la violencia bipartidista afectaba directa e indirectamente a cada uno de los ciudadanos de zonas rurales y urbanas.

Lo trasladaron a Florencia, Caquetá, en un grupo de mil setecientos hombres. En aquel tiempo sus conocimientos sobre armas y combate eran limitados. Al mes de estar allí, desplegaron el traslado de doscientos soldados de origen boyacense rumbo a Planadas, Tolima; grupo que fue interceptado y atacado por parte de la guerrilla, en donde ninguno sobrevivió. Incluso intentaron enterrar varios de los cuerpos.

A la par de estos hechos, llegó la orden desde Bogotá del Comando General del Ejército, notificando que se requerían veinte soldados por batallón, quienes de manera voluntaria irían a apoyar la Guerra de Corea. Drigelio recordaba claramente las palabras de su comandante aquel día: *“a modo personal, como comandante del Batallón Juanambú número 16, sería muy satisfactorio que no saliera ningún voluntario. Incluso, así deba enviar un radiograma dirigido a Bogotá notificando que nadie había levantado la mano a la solicitud de apoyo a Corea. Pero la decisión no la tomo yo, esta es voluntaria y lo que decidan será respetado. En un mes haré el llamado nuevamente, y los que ese día levanten la mano, se van sin excusa alguna.”*

Refería que hasta ese momento las opiniones estaban divididas respecto a la orden recibida. No tenían claridad de quiénes eran los coreanos y el por qué había que ir a apoyarlos. Eran muchas las preguntas que se hacían: *“si nos estamos matando acá todos los días, por qué los dirigentes nos venden de esa manera en otra guerra, qué será de mis padres, mis hermanos y mi novia, si no logramos volver”*.

El tema sustancial de los siguientes días fue el apoyo a la Guerra de Corea. Junto a su compañero y amigo, el soldado Bonifacio Prieto, discutían el hecho que en poco tiempo serían enviados como relevo de otros doscientos soldados, en donde podrían morir como “perros” y sus familias probablemente no sabrían en dónde yacerían sus cuerpos. Por otro lado, morir en guerra internacional como “el hijo de don Rafael Perdomo”, serían mencionados en el periódico como veteranos de Corea, teniendo por lo menos un reconocimiento póstumo en una página de un diario.

Cuenta que con Prieto decidieron ir a Corea. Su decisión no fue exclusivamente por el apoyo a los coreanos sino también como protesta al gobierno colombiano, en donde por su asistencia contarían con un ataúd en el cual descansar, siendo el caso de morir en su deber.

Entonces con Prieto, chocaron sus manos en confirmación de lo acordado. Las semanas pasaron, llegando la fecha en donde corroboraron quienes iban a la guerra como voluntarios. Los soldados se encontraban nerviosos, pero con Prieto alzaron la mano con firmeza ante el llamado de los voluntarios, manteniendo lo pactado. Luego fueron trasladados a la Escuela de Infantería en la ciudad de Bogotá, a conformar el Batallón Colombia y recibir instrucción de combate antes de salir del país.

Entonces emprendió la hazaña planeada en la ausencia de su amigo, pues Bonifacio fue asesinado antes de viajar al país asiático. El viaje desde Colombia se dio por avión hasta Panamá y luego en barco hasta Corea, siendo parte del relevo correspondiente al segundo batallón y en la lista fue el soldado número 847 y su número de serie 10621, bajo el mando del teniente coronel Alberto Ruiz Novoa.

En Corea se desempeñó como armero y minador en el campo de batalla, incluso se vio herido en una ocasión, quedando atrapado bajo gran cantidad de pertrechos. No se explicaba cómo sobrevivió aquella vez, al recordar el cúmulo y el peso de la munición sobre su cuerpo. Se recuperó completamente, gracias a la atención médica recibida y a la actuación de su tropa. Otra situación difícil que enfrentó en batalla fue presenciar la muerte de un compañero como consecuencia de una explosión. En medio de la noche cuidó por varias horas del cuerpo inerte, recibiendo apoyo por parte de la compañía hasta la mañana siguiente, debido a la dureza y hostilidad del combate. Siempre recordó con gran afecto a su compañero, pues fueron muchos los momentos y vivencias compartidas.

Drigelio siempre agradecía a Estados Unidos de América, por velar que sus soldados y combatientes aliados contaran con provisiones, haciendo entrega de talegos de comida, incluyendo la ración de arroz para el Batallón Colombia. También contaban con un periodo de cinco a diez días de descanso y recuperación en Tokio (Japón) junto a sus compañeros.

Allí en Japón distraían sus pensamientos de la dureza y brutalidad presenciada en el campo de batalla. Entre sus pertenencias poseía una fotografía en donde posaba con su novia japonesa de aquel entonces. A su regreso a Colombia decidió no continuar con la carrera militar y se radicó en Bogotá. Relataba también que cierto día se había encontrado con uno de sus amigos, quien le informó que la Escuela Militar contaba con vacantes para población civil. Entonces fue contratado, trabajando por unos cuantos años en el casino de oficiales. Tiempo después se presentó a la Policía Nacional, logrando incorporarse a la institución, iniciando en la Unidad de Servicios Especiales de Bogotá.

A los 29 años se casó con Ana Delina Castañeda, con quien tuvo siete hijos: Edgar Ernesto, Ricardo, César Augusto, Esteban, Nelly, Dora y Sandra. Desempeñó sus labores como policía en Bogotá, Leticia, diferentes pueblos del Huila y otros de Cundinamarca. Vestía su uniforme con pulcritud, camisa almidonada por su esposa y relucientes zapatos de charol, siempre acompañado por una postura erguida y elegante. Organizaba sus cosas y le gustaba tener todo en orden y al día. Se retiró en el grado de sargento viceprimero. Luego ya como retirado se desempeñó como inspector de policía en Simijaca durante un año, y luego trabajó como jefe de seguridad durante cinco años para Flores Royal International.

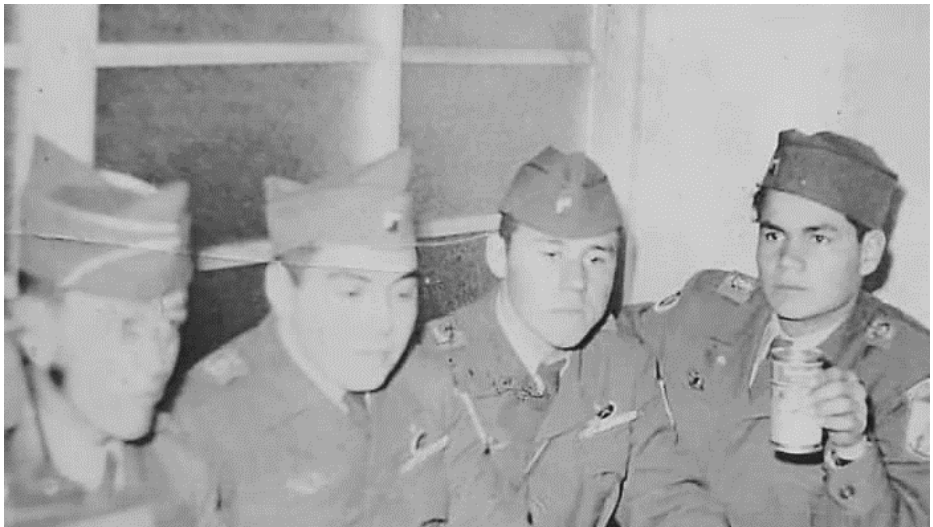
Siempre portó orgulloso el uniforme en los desfiles de cada 20 de julio, tanto como pensionado de la Policía Nacional como veterano de la Guerra de Corea. En esas fechas se reunía con sus compañeros de guerra, recordaban momentos y vivencias de la época. Finalmente, falleció el día 11 de junio de 2021 acompañado por su familia, en la ciudad de Bucaramanga. Fue despedido con los honores de veterano de guerra y como suboficial de la Policía Nacional.

*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*





*A la izquierda el soldado Drigelio posa al lado de un vehículo militar del Batallón Colombia*



*El soldado Drigelio (a la derecha) junto a compañeros del Batallón Colombia en Corea*



*Ascenso de Drigelio Perdomo al grado de sargento viceprimero de la Policía Nacional*



*SP. Drigelio Perdomo (izq.) y SP. Clemente Quintero Ávila (der.) en la Conmemoración a los Veteranos de la Guerra de Corea por la Policía Metropolitana de Bucaramanga (agosto de 2019)*

## Remembranza del veterano José Aristóbulo Convers (†)



Según su esposa Lucila Restrepo y su hija Adriana, José Aristóbulo nació el 6 de septiembre de 1930 en San Francisco, Cundinamarca. Creció trabajando el campo en la finca familiar junto a sus tíos y sus cinco hermanos. Con la ayuda de su tío, quien era coronel del Ejército se incorpora a la milicia en la Escuela de Caballería en Usaquén, Bogotá. A los seis meses de servicio fue ascendido a dragoneante, por destacarse ante el personal del batallón. En aquel tiempo se escuchaba hablar sobre la participación de Colombia en la Guerra de Corea, mediante el envío de soldados voluntarios, por lo que sin dudarlo hizo parte del primer contingente del Batallón Colombia, bajo el mando del teniente coronel Polanía Puyo. Recibió instrucción en el campo de guerra, contando con la proyección de filmes de combate de la II Guerra Mundial. Su número de serie fue 1082, siendo el soldado 427 en la lista del primer batallón. Partió desde el puerto de Buenaventura en el buque Aiken Victory junto a sus compañeros.

Relataba que fueron recibidos por el presidente de Corea del Sur Sygman Rhee, algunos de los ministros, comandantes coreanos y norteamericanos, incluso contaron con la interpretación del himno de Colombia. Luego los trasladaron al campo de entrenamiento avanzado establecido por la Organización de las Naciones Unidas, ONU, recibiendo instrucción durante seis semanas por parte de instructores que fueron suboficiales de la II Guerra Mundial, incluso tuvieron pruebas de pista de infiltración con fuego real, pasando desde el capitán hasta el capellán. Contaba que siendo operador de bazuca en el campo de batalla, murió un compañero de arma, el amunicionador de bazuca, cuando al hacer relevo de posición para continuar maniobrando el arma, instantáneamente recibieron fuego enemigo de una ametralladora, siendo alcanzado por una ráfaga y muriendo de forma instantánea frente a sus ojos. En otra operación al avanzar en la toma de una posición enemiga, fueron repelidos por un número de soldados que sobrepasaban las escuadras del pelotón; en medio del fuego cruzado se vieron obligados a separarse. Convers se ocultó entre los cuerpos abatidos en las trincheras enemigas, decisión tomada para salvar la vida. La ruta de regreso fue Pusan, Hawái, San Francisco, Panamá y Cartagena, donde abordaron un avión con destino a Bogotá. Trabajó por unos meses en la oficina de enlace SIC - Servicio de Inteligencia Colombiana. Contaba además que un compañero trajo consigo un niño coreano dentro de una tula decidido a adoptarlo, a quien había encontrado en un patrullaje y que al anunciarse la novedad en altamar, fue una situación compleja debido a que los soldados americanos no estaban de acuerdo con llevar a un niño hasta el otro lado del mundo, pero los soldados colombianos no iban a permitir que fuera abandonado, por consiguiente el infante ingresó al país apadrinado por el cabo Aureliano Gallón. Luego en octubre de 1952 se incorporó a la Policía Departamental de Antioquia, realizando curso de *distinguido* y trabajando en vigilancia en la ciudad de Medellín y luego en el municipio de Maceo, donde conoció a Lucila Restrepo Sierra con quien contrajo matrimonio el 27 de octubre de 1957.

Al estar cumpliendo tareas de orden público en la zona rural de Caracolí, Antioquia, fue impactado con una esquirla en el ojo izquierdo luego de la detonación de un artefacto explosivo improvisado. Salió de la zona al tercer día para recibir asistencia médica en Medellín, donde no fue posible salvar la visión del ojo izquierdo. Con veinticuatro años de servicio a la institución y con treinta años de servicio total prestado a la patria, solicitó el retiro y pasó a disfrutar de la jubilación, compartiendo con su esposa y sus ocho hijos: José Aristóbulo, Jesús Armando, Julia Lucía, Yulia Marina, Jackeline, Adriana, John Francisco y Jairo Alonso. Le gustaba montar a caballo, cantar canciones románticas y rancheras y jugar bolo aéreo santandereano. No le gustaba pertenecer a ninguna agremiación, aunque participó de las actividades de la Asociación Cardiovascular, ASOCARVA.

De igual manera le gustaba ser parte de los desfiles que se realizaban anualmente como el Día de la Independencia, tanto como veterano de la Guerra de Corea como pensionado de la Policía Nacional. Su familia recuerda especialmente la condecoración entregada en el comando de la Policía Metropolitana de Bucaramanga en el año 2019, por parte del brigadier general Manuel Antonio Vásquez Prada; Convers, mencionó que deseaba ser vestido con el uniforme el día que tuviera que ocupar el féretro. Falleció el 22 de agosto del año 2020, después de haber sido diagnosticado con SARS-CoV-2 y hospitalizado durante dieciocho días. Durante su vida tuvo muchos amigos, conservando hasta el final a varios de estos, especialmente a Quintero, Rincón, Caballero y Chía, los suboficiales pensionados de la cuadra 64A en el barrio La Ceiba. Fue muy querido por su forma de ser y se destacaba por la gran memoria que tenía. Contaba con viveza las anécdotas de la guerra, identificando a sus compañeros y comandantes con nombres propios. Siempre estuvo muy orgulloso de pertenecer al Ejército Nacional combatiendo junto al Batallón Colombia en tierras coreanas y de la institución Policía Nacional.

*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*

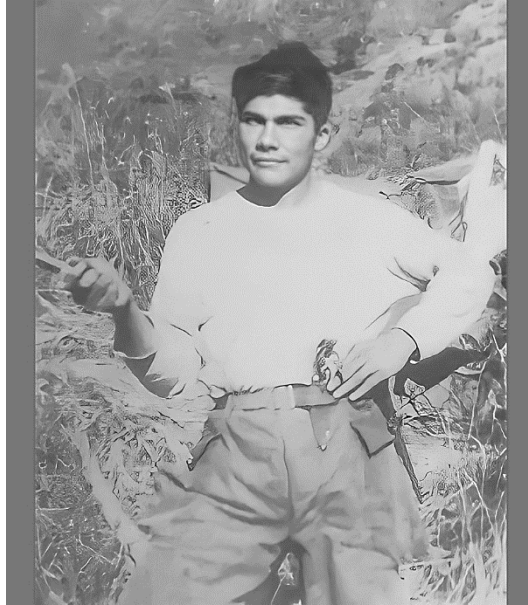


*Encuentro de dos veteranos: a la izquierda el coronel del Ejército de Colombia, Álvaro Valencia Tovar (q.e.p.d.) y a la derecha el sargento segundo de la Policía Nacional, José Aristóbulo Convers (q.e.p.d.)*



*SP. Clemente Quintero Ávila (izq.), SL. José Vicente Soto Carvajal (centro) y SV. José Aristóbulo Convers (der), en la Conmemoración a los Veteranos de Corea en el comando MEBUC. Agosto 2019*

## Relato del veterano Clemente Quintero Ávila



Nací en San Andrés, Santander (Provincia de García Rovira) el 8 de noviembre de 1930. Hijo de Pablo Quintero y Anunciación Ávila. Me incorporé al Ejército Nacional en 1950 en Málaga, Santander, siendo destinado a prestar servicio militar a mis 20 años, en el Grupo de Artillería número 8 Batallón San Mateo, en la ciudad de Pereira.

Al llevar 8 meses de servicio militar, fui trasladado a la Escuela de Infantería en la ciudad de Bogotá, donde estaban conformando el Batallón Colombia número 1 para el apoyo directo a la Guerra de Corea, al mando del teniente coronel Jaime Polanía Puyo. Todo esto a la designación de uno de mis superiores, debido a la desertión de ocho soldados de los quince voluntarios inscritos inicialmente. Se me asignó el número de serie 2603, siendo el soldado 834. Recibí instrucción de aproximadamente un mes, en donde proyectaban películas de contexto histórico, preparación estratégica de armamento, horrores de la guerra, entre otros.

Se dio inicio al viaje con destino a Corea, desde Bogotá a Ibagué mediante ferrocarril, luego nos trasladaron hasta Armenia en camiones, allí retomamos el viaje en ferrocarril hasta el puerto de Buenaventura, recogimos armamento y zarpamos con destino a la guerra, en el barco Aiken Victory, el día 21 de mayo de 1951. Al llegar a Pusan (Busan) nos trasladaron a Seúl. Allí nos hospedamos en grandes tiendas de campaña, esto fue aproximadamente durante tres meses. Allí recibimos entrenamiento sobre asuntos de guerra. Seguido a esto nos trasladaron al sitio de los combates. En aquel lugar se encontraba un fuerte vallado, al cual para acceder se debía subir por medio de unas escaleras improvisadas con lazos, a similitud de poleas, poco más o menos a una altura de 100 metros. Luego nos dirigimos a los lugares asignados a la espera de recibir órdenes para atacar al enemigo o defenderse de él.

En la cima de combate estuve un largo tiempo (no hay exactitud de los meses) adscrito a la Veinticuatroava División de Infantería de los Estados Unidos. Durante este tiempo, se realizaban relevos de línea en el frente de batalla. A pesar de estar relevados nos encontrábamos disponibles ante cualquier orden de mando, tales como apoyo a otra compañía u otra posición requerida en combate. Las tropas colombianas regresamos a la primera línea, esta vez adscritos a la Séptima División de Infantería de los Estados Unidos. Es de destacar la participación de la compañía HQ, la cual era de reemplazos y recolección de elementos del servicio, donde operé como amunicionador de las diferentes líneas. De igual manera participé dentro de la compañía A de fusileros. La construcción de casamatas mimetizadas y los patrullajes nocturnos fueron parte de la cotidianidad en el campo de batalla. En cada casamata se albergaban tres soldados y las patrullas eran conformadas regularmente por grupos de siete soldados y un suboficial en el grado de cabo segundo o cabo primero. Era inevitable que ocasionalmente hubiese encuentros con otras patrullas bajo la oscuridad de la noche y con dificultad se observaba el fognazo del arma disparada.



Por lo abrupto del terreno se ocasionaban golpes y caídas, que al transcurrir de los días ágilmente aprendimos a sortear, desarrollando variedad de habilidades estratégicas. Por el contrario, durante el patrullaje diurno se lograba divisar las botas de los soldados, ya que el uso del uniforme blanco nos ocultaba en medio de la nieve.

Contamos con la exigencia y el aliento constante por parte del coronel Polanía Puyo, quien muy enérgico pasaba revista a las casamatas en horas de la noche, velando por la seguridad física y moral de sus soldados. Tanto así que a finales de octubre de 1951 fue herido en Kumsong (más conocida como la Campaña de Jincheng) cuando se encontraba al frente de su unidad. Al estar como amunicionador del grupo asignado a la línea junto a tres compañeros, en el traslado de municiones al frente de combate, ubicado en el paralelo 38, resultaron varios heridos por la explosión de una granada. Fui retirado de la zona con uno de mis compañeros y llevado en avión a un hospital militar desde Seúl (Corea) hasta Tokio (Japón). La recuperación tardó veinte días, posteriormente me dieron el alta médica para regresar al campo. Al estar a la espera de ser trasladado, uno de mis compañeros preguntó si había sido revisado en Camp Drake. Al no contar con dicha revisión, solicité la consulta correspondiente. Recuerdo con gran nostalgia y humor aquella cita debido a la conversación que sostuve con el médico, la cual finalizó con la siguiente frase: *“You don’t go to Korea, you go to Colombia”*. Fue así, que después de diez meses de servicio, sabía que regresaba a mi patria.

Al poco tiempo fui trasladado al campo militar llamado Omiya, lugar en el que se encontraban combatientes con distintas heridas de guerra a la espera de su regreso a casa. Viajé en avión desde este lugar hasta Estados Unidos el día 12 de febrero de 1952, junto a siete oficiales y ciento cuarenta y tres integrantes de tropa, entre suboficiales y soldados. En Estados Unidos, mi estadía fue de ocho días. Continuamos el viaje en barco, pasando por el canal de Panamá, arribando finalmente a Cartagena.

Algunos contaron con el recibimiento de su familia, otros no gozamos de la misma dicha. Esperé pacientemente la autorización de permiso logrando así reunirme con mis familiares en Málaga. En noviembre de 1952 me incorporé a la policía departamental como agente, y por ser veterano de guerra fui ascendido a *distinguido*. Durante mi trayectoria en la fuerza fui comandante de policía en los municipios de San Andrés, Pangote, Carcasí y Concepción, y también en otros municipios como Cabrera, Tona, Florián y El Peñón. En Barrancabermeja ocupé el cargo de director de la cárcel durante dos meses, luego de que un guardia disparara su arma contra el director de la prisión, ocasionándole la muerte como desenlace de un llamado de atención. Luego, cuando nombraron al nuevo titular del cargo, regresé a mis labores fundamentales como policía en la ciudad de Bucaramanga y en los municipios de Simití y Mompo (Bolívar). Realicé los cursos de ascenso de cabo segundo y cabo primero en la Escuela Gonzalo Jiménez de Quesada, en la sede ubicada en calle 100 con autopista norte, en Bogotá, y los cursos de ascenso de sargento segundo, sargento viceprimero y sargento primero en la sede actual en Sibaté. Duré veinticinco años al servicio de la patria, retirándome en el año de 1978, con el grado de sargento primero.

Actualmente resido en Floridablanca. He recibido una condecoración por parte de la República de Corea, así como condecoraciones de 15, 20 y 25 años de servicio en la Policía Nacional, Escudo de Armas por parte de la Gobernación de Santander, reconocimiento especial por la Alcaldía de San Andrés, Santander, y comando de la Policía Metropolitana de Bucaramanga. A mis noventa años agradezco a Dios por los logros y el regreso de la guerra, y a la Policía, por ser la institución en donde obtuve mi pensión. De igual forma, agradezco al gobierno y amigos coreanos por la atención que han tenido conmigo y otros veteranos de la guerra, por medio de invitaciones a homenajes y reconocimientos hasta el día de hoy.

*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*

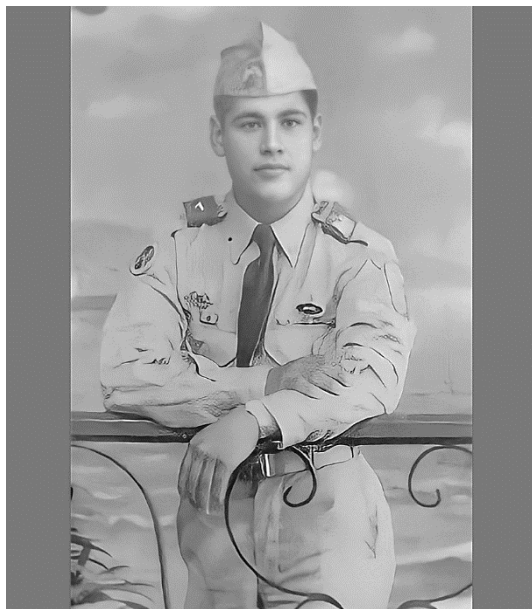


*Ascenso al grado de sargento primero de la Policía Nacional de Colombia*



*A la izquierda, el SP (r) Clemente Quintero Ávila, veterano de la Guerra de Corea; al centro, el señor Julián Pedraza, alcalde del municipio de San Andrés, Santander; y a la derecha, el CM. Jaime F. Amaya Bustos, mando ejecutivo de comando del DESAN. Homenaje al personal caído en la toma guerrillera del municipio de San Andrés (S) y homenaje a los veteranos de Corea (28 de julio de 2019)*

## Relato del veterano Humberto Joya Cáceres



Soy natural de Jericó, Boyacá, de origen campesino. A los 17 años me incorporé al Ejército, iniciando el servicio en la Escuela de Caballería de Bogotá, en el primer contingente del año 1952. Debido al conflicto interno en el país, los soldados éramos trasladados para distintos puntos del territorio nacional, principalmente para el Tolima y la región de los Llanos Orientales.

Fui voluntario a la guerra que se estaba llevando a cabo en Corea, por lo que fui trasladado a la Escuela de Infantería, incorporándome al Batallón Colombia y recibiendo instrucción durante seis semanas. Salimos en avión hasta Cartagena y de allí continuamos el viaje vía marítima hasta Corea. La nave transportaba aproximadamente cinco mil hombres de diferentes nacionalidades, además vehículos y armamento, y contábamos con suministros y provisiones para tres meses.

Al llegar a Corea, en Pusan, recibimos entrenamiento durante aproximadamente dos meses. Fui asignado a una compañía de fusileros. Tres meses después realicé curso de ametrallador y también me desempeñé como apuntador de cañón y radioperador. Recuerdo que me enviaron de permiso *Aran-ar* a Yokohama (Japón) y al regresar a Corea me percaté que mis compañeros de tropa ya habían zarpado de regreso a Colombia, por lo que fue desconcertante e imprevisto, pues se creía que quienes se quedaban no tenían certeza de que regresarían a su patria. Estuve seis meses más en el campo y regresé al finalizar la guerra con el componente del cuarto Batallón Colombia, siendo el soldado 726 en la lista con el número de serie 12455.

Hay que decir que al regresar nos enfrentamos al incumplimiento por parte del Gobierno Nacional, pues las cosas prometidas como rehabilitación, casas, becas especiales y apoyo económico, nunca se concretaron. Al poco tiempo de haber llegado me retiré del Ejército y comencé a trabajar para un señor francés levantando las torres desde Belén a Paipa. Posteriormente trabajé como civil para el Ejército en el Criadero Caballar de Bonza, Boyacá, como conductor de comando durante diez años. Soy afiliado a la Asociación Colombiana de Veteranos de la Guerra de Corea, ASCOVE, desde el año 1975. He participado de los reconocimientos realizados por parte de la Embajada de la República de Corea, la cual también me ha condecorado. En el año 2018, participé de la celebración del 70° Día de las Fuerzas Armadas en el Monumento de la Guerra de Corea, en el centro de Seúl, como invitado junto a trece veteranos más de otros países. También he recibido la condecoración junto a los veteranos de Santander, por parte del brigadier general Manuel Antonio Vásquez Prada, comandante de la MEBUC. Por último, agradezco el acompañamiento brindado por parte del gobierno coreano durante la pandemia. Tengo 89 años y resido en Piedecuesta, Santander.

*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*

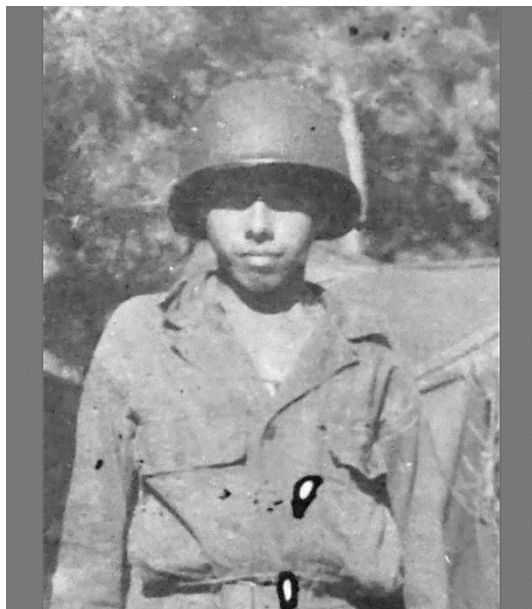


*Con armamento pesado en el campo de batalla*



*Celebración del 70º Día de las Fuerzas Armadas de Corea, Seúl.*

## Relato del veterano Aníbal Leguízamo



Soy natural del municipio de Charta, Santander. Nací un 2 de mayo de 1929. De origen campesino, hombre inquieto y bohemio. Salí a temprana edad de mi casa, viví en Sabana de Torres, Santander, donde trabajé en el campo. En el año 1950 fui reclutado en la ciudad de Bucaramanga. A los pocos meses de estar prestando servicio militar, me ofrecí como voluntario para formar parte del Batallón Colombia, siendo trasladado a la Escuela de Infantería en la ciudad de Bogotá, recibiendo instrucción sobre uso de armamento como fusil M1 y M2, carabinas, cañones de 57 mm., seguridad de posiciones, instalación de alambrados, entre otros temas. Eso fue durante un mes y medio. Se me asignó el número de serie 1614 y fui el soldado 628 en la lista del primer batallón. Partimos en tren desde Bogotá hasta Ibagué, y de allí nos desplazamos en camiones militares hasta Armenia y luego retomamos el viaje vía férrea hasta Buenaventura, zarpando en el navío Aiken Victory con destino a Pusan (Busan). Desembarcamos en Pusan un 16 de junio de 1951.

Posterior a ello, recibimos un riguroso entrenamiento durante seis semanas en el Centro de Instrucción de las Naciones Unidas, bajo el direccionamiento de instructores americanos, de acuerdo con las tácticas utilizadas en el campo de batalla, sobre el uso de toda clase de armas, patrullajes, camuflaje y construcción de casamatas. El batallón hizo parte del Vigésimoprimer Regimiento, en donde pertenezco a la compañía de fusileros.

Al pasar el tiempo y acercarnos a los puestos de observación y posiciones del enemigo, los combates eran más frecuentes y hostiles. En una ocasión la avanzada fue realizada por la ladera del cerro, en donde el enemigo al percatarse de la estrategia nos atacó con fuego de ametralladora y mortero. Las escuadras nuestras contraatacaron con el apoyo de ametralladoras, avanzando a las trincheras del enemigo y asaltando sus posiciones con granadas y bazucas, logrando tomar el puesto ocupado por las patrullas chinas, incrementando el fuego de combate por la respuesta defensiva del oponente. Entonces el Batallón Colombia aumentó la ofensiva con el apoyo de las tropas coreanas desde los flancos del escenario. El objetivo se cumplió en medio de los cuerpos caídos en las trincheras y alambradas. Las bajas de aquel enfrentamiento fueron mínimas para el batallón en comparación de las tropas oponentes.

Recuerdo que en otro momento al estar trasladando munición por medio de mulas, una de las bestias se desbocó, escapando del control del arriero a cargo. Yo manejé la situación siguiendo a la mula por un desecho de camino, recuperando al animal y los pertrechos, hazaña que me benefició con un permiso adicional otorgado por mi comandante.

Por cosas de la vida, en uno de los patrullajes fui asignado a cumplir otra tarea, por lo que no salí con la escuadra de la patrulla, la cual fue emboscada, sobreviviendo uno de mis compañeros, quien logró regresar a la base a pesar de sus heridas.



Al regreso del batallón nuestro a Colombia, recuerdo la audacia de un soldado al traer un niño coreano en una tula, hecho que se dio a conocer en altamar en medio del trayecto. Por último, confieso que ya cansado de los horrores de la guerra, decidí no continuar la carrera militar. Contraje matrimonio con mi novia, quien estuvo a la espera de mi retorno, conformando un hogar con dos hijos. En los años siguientes me desempeñé como guardián en la cárcel de “La Concordia” ubicada en Bucaramanga. También administré una whiskería en la misma ciudad y trabajé en el campo de la talabartería.

Tengo 92 años y actualmente vivo con mi familia. Cuento con el subsidio otorgado a los veteranos y me estoy recuperando de una intervención quirúrgica realizada en junio de este año. Conservo orgullosamente mi uniforme y las fotografías de los desfiles del 20 de julio en los que he participado.

*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*



*Aníbal (cuarto de izq.a der.) con familiares y amigos de Interlanza (20 de julio de 2019)*



*Aníbal (primero de izq.a der.) atento a cualquier acción del enemigo*



*Aníbal (al centro) en pleno combate defendiendo su posición*

## Relato del veterano José Vicente Soto Carvajal



Nací el 20 de enero de 1933 en Molagavita, Santander. Crecí en el campo aprendiendo y desarrollando habilidades agrícolas. Me incorporé al Ejército en el año 1950 a los 17 años, con la ayuda del párroco y del alcalde de Molagavita de ese entonces. Fui trasladado a la Escuela de Caballería y luego decidí ser voluntario del Batallón Colombia. Partí con el primer batallón, bajo el mando del teniente coronel Jaime Polanía Puyo el 22 de mayo de 1951, en la nave Aiken Victory, siendo el soldado 978 en la lista del batallón y con el número de serie 1690. El 16 de junio de ese año en horas de la madrugada, el batallón escuchó la corneta notificando que ya estábamos en territorio coreano. Todos subimos hasta la proa del barco y emocionados pudimos visualizar el puerto, sin imaginarnos lo que nos esperaba en el campo de batalla durante los próximos meses. Recuerdo que fuimos acompañados durante este trayecto por una gaviota, desde Buenaventura a Pusan, la cual volaba y volvía a caer en el barco, una y otra vez.

En el campo de entrenamiento de las Naciones Unidas nos fue entregado el equipo militar y el armamento correspondiente y continuamos con la instrucción durante seis semanas. Recuerdo que en las pruebas debíamos movilizarnos con el equipo bajo unas alambradas que tenían corriente, al igual que sobrepasar diferentes obstáculos. Antes de ir a la línea de combate fui asignado a la compañía C en el pelotón de acompañamiento, como apuntador de ametralladora 50.

Al estar en el campo de batalla, el 23 de octubre el coronel Jaime Polanía Puyo se encontraba junto a sus tropas en Kumsong, y recuerdo que al grito de aliento decía: *“adelante muchachos, ha llegado su comandante, adelante muchachos”*. A lo que yo le respondí: *“tiéndase mi coronel, que están cayendo muchos morteros”*. Al poco tiempo en medio de la contienda se escuchó decir que lo habían herido y vimos cómo el coronel giraba unas cuantas veces antes de caer al suelo. La tropa se percató que lo habían herido en la zona del abdomen, y entonces se le brindó los primeros auxilios y fue evacuado del campo y trasladado en helicóptero para Tokyo (Japón), donde logró recuperarse. También recuerdo que perdí a un gran amigo en uno de los enfrentamientos cerca al paralelo 38, donde en medio del fuego cruzado vi que la cabeza de mi amigo había sido impactada por un proyectil.

El viaje de regreso fue desde el puerto de Pusan (Busan) hacia Hawái. A los tres días de haber embarcado se presentó una tormenta. En horas de la madrugada comenzó aquella tempestad y al pasar las horas, el oleaje incrementaba su altura y tamaño embistiendo la coraza del navío, por lo que se empezó a preparar el plan de contingencia y evacuación, siendo asignados trece soldados por barca. A la par el capellán que nos acompañaba bendijo un jarrón de agua y comenzó a arrojarla en diferentes direcciones de la proa, dejando en manos de Dios el desenlace de aquella tempestad. Sobre las siete de la noche fue cesando poco a poco la ventisca como por gracia del Señor. Logramos llegar a Hawái para aprovisionar la nave y continuar el viaje hasta San Francisco (Estados Unidos).

Allí estuvimos veintidós días mientras una embarcación salía y entonces a cada soldado nos asignaron una tarjeta con saldo para el transporte y demás compras. Conocimos diferentes lugares turísticos durante estos días. Luego partimos hacia nuestro país pasando por el canal de Panamá y arribando finalmente en Buenaventura. Al día siguiente tomamos un avión a Bogotá, nos trasladaron a la Escuela Militar de Cadetes y allí nos hicieron entrega de la libreta militar y una boleta para presentarnos al Comando General para seguir la carrera militar.

Finalmente decidí regresar a Santander y dedicarme a la agricultura y a la ganadería. Me casé con Adelina Acosta, con quién tuve seis hijos: Gladys, José Hernando, Janeth, Elizabeth, Fanny y Ana Lucía.

Agradezco a Dios la oportunidad de haber conocido tantos lugares, por la experiencia vivida y el regreso a mi país sano y salvo. A mis ochenta y ocho años vivo acá en Santander junto a mi familia.

*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*



*José Vicente (primero a la izq.) en instrucción de ametralladora punto 50*



*Un momento de descanso junto a sus compañeros (último de izquierda a derecha)*



*De izquierda a derecha: SV (r) José Aristóbulo Convers, SL (r) José Vicente Soto Carvajal, SP (r) Clemente Quintero Ávila y SP (r) Drigelio Perdomo. Sentido homenaje a los Veteranos de la Guerra de Corea llevado a cabo en el comando de la Policía Metropolitana de Bucaramanga (agosto de 2019)*

## Relato del veterano Hamilton Humberto Peña Martínez



Nací en Rionegro, Santander, en el año 1930, de origen campesino. Realicé estudios en el Instituto Industrial Dámaso Zapata, en la ciudad de Bucaramanga. Fui nombrado profesor de fundición en el mismo instituto. Me reclutaron en la misma ciudad y fui llevado a la Escuela de Infantería en Bogotá y tres meses después fui trasladado junto a otros soldados a la Fuerza Aérea Colombiana, y luego al Batallón de Infantería número 34 Juanambú en Florencia, Caquetá. En aquel batallón se encontraban aproximadamente cinco mil soldados, donde los de la FAC formábamos detrás de los soldados del Ejército. Finalmente fui enviado a la base militar de Tres Esquinas en el corregimiento Venecia, prestando el servicio militar hasta completar casi dos años. Después de que me entregaron la libreta militar, fui trasladado en avión a Bogotá, en donde me dan de baja. Posteriormente trabajé en una fábrica de cigarrillos en Bucaramanga. Entonces sucedió que el Ejército estaba solicitando reservistas voluntarios para hacer parte del Batallón Colombia.

Ante aquel llamado me presenté en la Escuela de Infantería en Bogotá, donde recibí instrucción. Recuerdo que durante las horas de la noche y la madrugada salíamos a cumplir con diferentes órdenes para acostumbrarnos al clima frío, pues decían que en Corea estaríamos enfrentando temperaturas muy bajas. De igual manera, recibimos instrucción de armamento pesado, al tiempo que nos proyectaban filmes sobre la I y II Guerra Mundial, con el objetivo que conociéramos los horrores de la guerra, aprender a cómo apoyar a los compañeros en circunstancias difíciles durante el combate. Pertencí al quinto relevo del segundo Batallón Colombia, siendo el soldado 844 en la lista con el número de serie 10904. Luego fuimos trasladados en bus desde Bogotá a Cartagena, allí nos embarcaron en el navío Silvestre Antolar, en donde viajaban mil soldados de diferentes nacionalidades. A bordo del barco se nos entregó una libreta para el registro de las tres comidas principales del día. Durante el viaje procuraba estar en la cubierta del barco, ya que permanecía enfermo constantemente. Resalto la prioridad que Estados Unidos de América tenía con los miembros de sus fuerzas armadas, ya que velaban porque no nos faltara nada.

Al llegar a Corea, fuimos trasladados al campo de entrenamiento del Batallón Colombia, donde continuamos con la instrucción durante unas semanas más y posteriormente asignados a Kumwha, zona ubicada en la línea de frente. Después de seis meses de servicio fui ascendido a cabo segundo, ya que en un enfrentamiento salvé la vida de un capitán, quien había sido acorralado por tropas enemigas. Gracias a la recomendación del capitán se aprobó mi ascenso. Cerca al campamento de la tropa del Batallón Colombia, estaba situado otro campamento correspondiente al ejército etíope, el cual fue emboscado por tropas chinas cuando dormían, secuestraron a setenta soldados etíopes y los tomaron como prisioneros de guerra. Por consiguiente, se dio la orden al Batallón Colombia de realizar una operación de salvamento, donde se presentó una gran confrontación contra las tropas enemigas.



En medio de esto, una cuadrilla de mongoles tomó prisionero a un teniente y al percatarme de esto hice una barrida con la ametralladora M2, causando bajas al enemigo y logrando el rescate del teniente. Otro peligro que enfrentábamos era la inclemencia de las frías temperaturas, debido al congelamiento de ciertas partes del cuerpo, por lo que muchos sufrieron amputaciones por esto. Yo pertenecía a la compañía B donde permanecí como fusilero durante dieciséis meses y otros dos meses como comandante de mortero. Participé en una de las operaciones de golpe al enemigo, donde el objetivo era capturar prisioneros de guerra para fines de inteligencia, llamada operación “Thunderbolt”, la cual se dio en el cerro 400. Allí se presentaron ciertas bajas ya que no se conocía en su totalidad la defensiva enemiga, no obstante, fue destruido el puesto de observación y se logró la captura de tres soldados chinos. Después de esta operación se hacen honores al Batallón Colombia, donde el batallón recibió una condecoración presidencial por parte de los Estados Unidos de América, impuesta por el general James Van Fleet, así como las condecoraciones individuales que se hicieron por actos de servicio. Recuerdo al capitán Álvaro Valencia Tovar, quien fue querido y apreciado por el personal, ya que fue un gran estratega en el campo de batalla. Después este señor fue general.

Al estar en Igil-Li, no contábamos con búnkeres, por lo que tuvimos que construir casamatas para camuflarnos y resguardarnos del enemigo. En el momento que el coronel Ruiz Novoa estaba pasando revista, fuimos atacados por fuego de artillería enemiga durante unos minutos. Al finalizar la escaramuza detuvo la revista y salió del campo en helicóptero. Cada cierto tiempo en la línea, se nos otorgaba un permiso y éramos enviados a Tokio (Japón) a descansar y recuperarse, llamado por los colombianos “aran-ar” por sus siglas en inglés “R&R” (Rest and Recovery). En el campamento militar en el que nos hospedaban nos exigían un depósito de 20 dólares, por si al salir a la calle nos robaban o perdíamos el dinero. Dicho dinero cubría los días de hospedaje y de alimentación.

Recuerdo que cerca aquel campo militar había un almacén que se llamaba “Almacén Colombia”, que en su entrada tenía la bandera colombiana y donde la hija del propietario hablaba español y hacía de guía e intérprete. Sus servicios costaban 10 dólares diarios.

Un día el teniente Fernando Landazábal Reyes, quien era abogado, me mencionó que ya faltaba poco tiempo para ser relevados y regresar a Colombia y que por mi experiencia en las fuerzas, mi rango y el contar con estudios de bachiller, tenía un buen porvenir en la carrera militar, donde probablemente en diez años sería un sargento antiguo. Pero le manifesté no tener la intención de continuar con la carrera debido al conflicto del país, ya que los liberales que se habían alzado en armas, probablemente me mandarían a matar; o por otro lado, podría recibir la orden de asesinar liberales y mi familia era liberal. A mi regreso al país, se encontraba como Contralor de la República el general Alberto Ruiz Novoa, y al estar sin empleo, con un compañero nos reunimos con él en su oficina. El general manifestó que había ubicado por lo menos mil veteranos en diferentes trabajos, por lo que nos ayudó a ingresar a la Televisora Nacional, donde mi jefe era el español Miguel Ayuso. Para aquel entonces el presidente era el general Gustavo Rojas Pinilla, quien en mi opinión ha sido el mejor presidente que ha tenido Colombia. Posteriormente me fui para Barrancabermeja a trabajar como soldador. Tuve seis hijos: Ángela Patricia, Alba Janeth, María Eugenia, Esther, Claudia Patricia y Humberto (fallecido). Me encuentro radicado en Santander y pertenezco a la Asociación de Veteranos ASCOVE. Agradezco al gobierno coreano por las celebraciones y conmemoraciones que se han realizado a lo largo de los años. También he participado de los desfiles realizados el 20 de julio de cada año junto a mis compañeros veteranos. A mis 91 años disfruto de mi jubilación al lado de mi esposa Aurora Colmenares, llevando una vida tranquila.

*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*



*Hamilton (segundo de izq. a der.) en instrucción de artillería*



*Finalización de relación general del Batallón Colombia en Corea*



*Hamilton (tercero de izquierda a derecha) junto a sus compañeros*



*Desplazamiento de escoltas. Formación del Batallón Colombia*

## Relato del veterano Salomón Ortiz



Nací el 16 de marzo de 1933 en Pereira, Risaralda. Trabajé en el campo como recolector de café, arriero y vendedor. Fui reclutado en Chinchiná, Caldas, y enviado al Batallón de Artillería número 3 “Batalla de Palacé”. Cuando llevaba nueve meses de servicio, solicitaron voluntarios para relevar al segundo contingente del Batallón Colombia, por lo que decidí ir. Para aquel entonces se vivía el azote de la violencia y la confrontación de “la chusma” en varias regiones del país. Me trasladan luego a la Escuela de Infantería en Bogotá a recibir la instrucción. Salí en el tercer relevo siendo el soldado 678 con el número de serie 11911, bajo el mando del coronel Ruiz Novoa. Al llegar a Busan fuimos llevados al Centro de Instrucción del Batallón Colombia en tren, viaje que duró un día y una noche, no por la distancia del trayecto sino por las precauciones que se tuvieron en la carrilera, evitando que estuviera minada o vigilada por tropas enemigas. En ese sentido, los soldados estadounidenses eran muy cautelosos. Como yo era hombre de campo, informé que conocía de las labores de arriería.

Al enterarse la tropa norteamericana que yo conocía de la arriería, procedieron a retirarme de la primera línea para apoyar con el traslado de municiones y suministros junto con el entrenamiento de uso de cañón. Al regresar al campo de batalla me desempeñé como amunicionador y apuntador de cañón de 50 mm. Cabe resaltar que las tropas chinas eran torpes en el ataque, pues sus movimientos se hacían sin cautela, haciendo bulla, lo que facilitaba el reconocimiento de su ubicación y llegada. En ocasiones posicionaban muchachitos sin experiencia en el frente y atacaban en multitud de manera irresponsable y suicida. Desarrollábamos diferentes habilidades de reconocimiento del oponente chino, éramos capaces de identificar su presencia en un radio de 10 a 15 metros.

Recuerdo al capitán Taylor, de origen puertorriqueño, que hacía parte de las filas americanas, con quien mantuve una gran amistad y con quien también compartía el contenido de la correspondencia que recibía por parte de mi tío desde Colombia. Este oficial era católico devoto. Me decía: *“su tío es todo un señor, sería una lástima que usted muera en la guerra y no lo vuelva a ver”*. Por lo anterior, me aconsejó acerca de la prudencia al actuar en el combate, los patrullajes y las avanzadas, pues si mi capacidad física y mental se encontraba íntegra, esto permitiría actuar a mi favor y en pro de mis compañeros, con lo cual podría sobrevivir hasta el regreso a mi país.

También realicé labores como enfermero en la operación Climber (cerro 400). Un día, en medio del fuego cruzado de las líneas de artillería, dejé el búnker y me desplacé en medio de la contienda a brindarle atención médica a un sargento primero de las filas estadounidenses que se encontraba inconsciente y gravemente herido. Al momento que llegó el helicóptero para trasladarlo ya había muerto unas horas atrás. Recuerdo que se recogían cadáveres enemigos de las líneas, a los cuales se requisaban totalmente de pies a cabeza en búsqueda de boletines u otras cosas que nos fuera de ayuda en la estrategia de batalla, al igual que las patrullas de escucha.

Recuerdo también que entre los soldados corría la voz que en uno de esos patrullajes un soldado fue capturado por un mongol, hombre alto y de contextura grande con mucha fuerza, quien sujetó al soldado por el cuello con su brazo e intentó asfixiarlo, pero en medio del forcejeo el soldado cogió la bayoneta y le propinó varias puñaladas, logrando sobrevivir y regresar a la base de su escuadra.

Por otro lado, un mes antes de salir del campo de batalla, la escuadra a la que yo pertenecía fue asignada para avanzar 380 metros después de la línea a un puesto ubicado allí en terreno llano, encontrándose bajo el mando de un soldado pastuso más antiguo. El soldado decidió movilizarse aproximadamente 200 metros después de la línea, desobedeciendo la orden recibida. Recibimos la notificación por radio que no nos encontrábamos en el punto asignado y que hacia nosotros se dirigían proyectiles de artillería de los aliados orientado hacia tropas enemigas, a excepción del puesto designado en el que deberíamos estar; ya que requerían que nuestra escuadra bloqueara el paso hacia un cerro aledaño, evitando la retirada de las tropas chinas. Al percatarnos de lo que estaba ocurriendo y ante los impactos del bombardeo, nos aferrábamos al pastizal de manera presurosa para evitar ser suspendidos en el aire por la fuerza de impacto, pues de lo contrario nuestros cuerpos eran lanzados a una altura de más o menos dos metros. De acuerdo a lo anterior, la misión no se cumplió, ya que la decisión tomada por el soldado pastuso colocó a la escuadra en amenaza.

En mi primer permiso *aran-ar* en Tokio (Japón), salí con unos compañeros y unas amigas a cine, luego a cenar y a departir un momento, donde por primera vez probé el whisky y desde luego me embriagué rápidamente, por lo que fui llevado a un hotel para que pudiera descansar. Recuerdo que al día siguiente, como a las tres de la tarde, me desperté desorientado percatándome que mi ropa y demás pertenencias no estaban conmigo.

De aquel episodio en Japón, recuerdo que al averiguar por lo ocurrido los encargados del hotel me notificaron que otros hombres del mismo batallón que habían llegado conmigo intentaron arrebatar mis cosas, incluso el dinero. Gracias al rápido accionar de los encargados, logramos recuperar las cosas. Durante los días siguientes, conocí diferentes lugares, gracias a una de mis amigas quien me sirvió de guía, por lo que la llevé de compras a modo de agradecimiento.

Confieso que la alegría más grande que presencié fue cuando se firmó el armisticio. Recuerdo claramente cómo las tropas enemigas salían de los búnkeres y túneles como “hormigas” debido al gran número de estas, ondeando banderas blancas y con diferentes gritos de guerra en cada uno de sus idiomas. Al igual que los altoparlantes estadounidenses notificaban al personal sobre el acontecimiento. Antes de regresar a Colombia se realizó una ceremonia de despedida con una cena, guardia de honor, y entrega de diplomas y condecoraciones por parte de las Naciones Unidas.

El camino de regreso a mi patria se dio en barco desde Corea hasta Hawái, en donde desembarcamos por unas horas. Luego zarpamos nuevamente, pasando por el canal de Panamá y finalmente llegamos a Cartagena. Nos trasladaron hasta Bogotá en avión militar de carga, donde fuimos recibidos por el presidente Gustavo Rojas Pinilla en el aeropuerto y finalmente llevados a la Escuela de Artillería donde fuimos condecorados con la “medalla del deber cumplido”. El presidente nos hizo un ofrecimiento para continuar en las filas con el grado de cabo primero, independientemente que contáramos con estudios de bachiller o no. Algunos soldados fueron dados de baja al otro día, debido a unos altercados y escándalos en los que se vieron involucrados en bares y hoteles la noche anterior, por lo que se les fue entregada la libreta militar, además de un traje formal y transporte libre. Decidí no continuar la carrera militar. Trabajé en un ingenio azucarero durante 39 años, donde inicié como trabajador raso y llegué a ser mayordomo.



Recuerdo las condiciones en las que se encontraba Japón después de la II Guerra Mundial y Corea después de esta otra guerra, por lo que me alegra al ver en televisión los grandes avances y la recuperación tan acelerada que tuvieron estas dos naciones que tuve la oportunidad de conocer.

Por último, agradezco al gobierno de la República de Corea por las ceremonias, conmemoraciones y visitas que han realizado, al igual que a la Alcaldía de Tuluá y al agregado militar. Así mismo la participación en los desfiles del Día de Independencia cada año por parte del Ejército Nacional y la Policía Nacional, como también la placa conmemorativa a los veteranos tuluëños que participaron en la Guerra de Corea, la cual fue colocada en un parque central de Tuluá, Valle del Cauca.

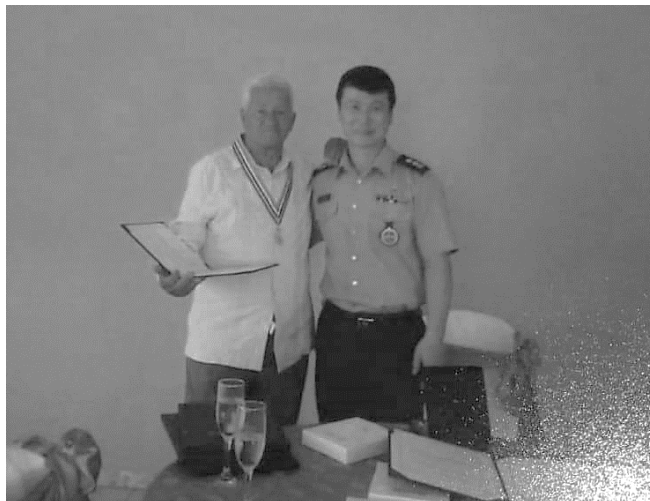
*Entrevista concedida al CM (r) Jaime Fernando Amaya Bustos.*



*Recibiendo una condecoración por un oficial del Ejército de Colombia*



*De izquierda a derecha: veterano Salomón Ortiz, su esposa Nancy Esther Motoa, de Ortiz, su hermana Olga Marina Ortiz y un funcionario de la Alcaldía de Tuluá, durante la inauguración de la placa conmemorativa a los veteranos tuluëños en un parque central del municipio de Tuluá, Valle*



*El veterano Salomón Ortiz (izq.) y el agregado militar de Corea en Colombia (der.), durante una visita a los veteranos tuluëños, como reconocimiento a la entrega de estos soldados en favor de la paz de Corea*

## Remembranza del veterano Marcos Serafín Reina (†)



Soy Esperanza Reina de Pardo. Mi padre se llamaba Marcos Serafín Reina Riaño, quien había nacido el 30 de septiembre de 1937 en Villavicencio. Contrajo matrimonio con Raquel Alférez, es decir mi madre, y de esa unión nacieron Carlos Julio y yo. Mi madre aún vive y reside en la ciudad de Villavicencio. Laboro con el sector docente oficial en la ciudad de Villavicencio.

Tengo los mejores recuerdos de mi padre. Me contaba que había estado en Corea perteneciendo al Batallón Colombia. Cuenta que fue seleccionado para ir a Corea y que le habían avisado para integrar dicho batallón, donde lo llevaron por barco en un viaje que duró varios meses. Aunque muy poco hablábamos de su estadía en Corea, pero sí recuerdo que como grupo de Colombia siempre permanecían juntos y que lamentablemente habían perdido muchos compañeros soldados colombianos.

Relataba que debían permanecer como en unas trincheras, y camuflados detrás de un montón de bultos. Por su trabajo fue condecorado algunas veces, recibiendo una medalla al mérito. Mi papá se sentía muy orgulloso de esa experiencia en Corea y compartía la cantidad de fotos que había traído, y todos sus uniformes los guardaba en dos maletas metálicas que trajo de allá. Cuando falleció mi mamá regaló los uniformes a la Asociación de Veteranos de Corea, Seccional Villavicencio. Mi padre trabajó en el Instituto de Crédito Territorial y lo trasladaron a Medellín, Girardot, Bogotá y finalmente a Villavicencio, su ciudad natal. Mi padre siempre amaba lo que hacía y se sentía muy orgulloso en su momento de haber estado en este conflicto internacional. Quiero agradecer al licenciado Luis Hemel López, por esta oportunidad de relatar parte de la historia de mi padre, quien con orgullo representó los colores patrios en Corea.

*Entrevista concedida al SM (r) Luis Hemel López Ortega.*



*El soldado Marcos (a la der.) en una de las trincheras a la espera del ataque enemigo*



*El soldado Marcos Reina (izq.) junto a sus familiares*



*El soldado Marcos Serafín (a la der.) en sus faenas diarias en Corea*

## Remembranza del veterano Marco Aurelio Sánchez (†)



Soy Ferdinan Sánchez Falla, natural de Chaparral, Tolima, actualmente resido en Villavicencio y laboro en el Departamento de Policía Meta en el área de mantenimiento. Mi padre Marco Aurelio había nacido en Natagaima, Tolima, el 5 de marzo de 1931. Su esposa, o sea mi madre, se llamaba Jovita Falla Barón, quien también ya falleció. En mi familia fuimos once hermanos por todos.

A mi padre le habían asesinado toda su familia en la guerra entre liberales y conservadores en el sur del Tolima, y luego de eso fue que decidió prestar el servicio militar en el Ejército Nacional. Entonces allí un día les hablaron de voluntarios para ir a Corea y mi padre se ofreció. Luego lo llevaron a Santa Marta de donde salieron en barco mil soldados y duraron navegando un mes y ocho días, hasta llegar al puerto de Yokohama en Japón. Mi padre me comentaba acerca de un cerro en Corea, donde había una línea divisoria, donde no podían pasarse al otro lado.

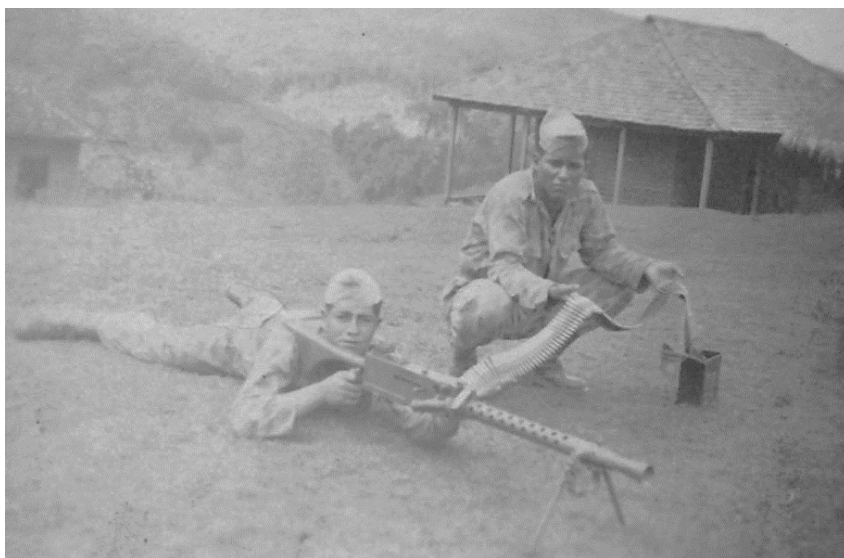
Decía que una noche tuvieron un enfrentamiento y la compañía C a la que pertenecía fue desaparecida en su mayoría, pues quedaron vivos muy pocos, y algunos de los que se salvaron quedaron sin pies o manos. Por fortuna y gracias a Dios mi padre salió ileso. Refería que él pasaba por encima de los muertos, que hubo bombardeos de las tropas enemigas y que hasta el otro día fue que les llegó el refuerzo. Contaba que allá se combatía solo de noche porque de día se descansaba. Me hablaba mucho de un cerro, que llamaban Old Baldy. Allá en Corea duró catorce meses por toda su estadía y me contaba que los descansos de ellos eran muy vigilados y muy escasos. Relataba también que las armas automáticas, ya existían en esa guerra. Los chinos enemigos tenían, por ejemplo, punto 50. Decía que los chinos eran pequeños de estatura, por lo que se les facilitaba infiltrarse para llevarse secuestrados a sus enemigos, es decir, a los aliados de Estados Unidos, dentro de los cuales estaban por supuesto los soldados adscritos al Batallón Colombia.

Relataba que a los soldados que asesinaban les colocaban minas para que cuando fueran a recogerlos, les explotara el cadáver. Por su buen servicio, mi padre recibió varias medallas las cuales tengo guardadas en Villavicencio. Por todas son como unas cuatro o cinco. Es de anotar que al regresar a Colombia, a mi padre nunca le dieron ninguna remuneración y menos una pensión. A nosotros como descendientes tampoco nos dieron nada. En un comienzo mi señor padre ingresó a la Policía luego de haber llegado de Corea, pero no se pensionó tampoco porque duró como siete u ocho años y se retiró, pero no recuerdo la causa. Como policía laboró en Rovira, Tolima. Me contaba también que el recibimiento una vez llegó de Corea, fue muy bueno. Una vez mirando el recibimiento que alguna vez le hicieron a unos futbolistas que llegaron de otro país, recuerdo que él me comentó: *“hijo, así me recibieron a mí, con aplausos, fue algo muy bonito, había mucha gente”*. Una de las anécdotas que contaba era que a los soldados colombianos los perseguían mucho las mujeres japonesas, es decir, eran muy asediados por ellas.

También contaba que una vez se había perdido en Japón, y fue complicado por el idioma, porque él no hablaba inglés y lo único que les alcanzaba decir era que pertenecía a Colombia. Eso fue en un permiso que le habían dado, hasta que algunas personas japonesas lo atendieron y lo ayudaron hasta que lo llevaron al batallón.

Mi padre trabajó en el campo después de que salió de la Policía, nosotros nos criamos en el campo con él y nos enseñó la vida del agro. Con el tiempo yo llegué a Villavicencio por un tío que también fue policía, Luis Benjamín Sánchez, un agente pensionado, y empecé a trabajar por acá y me quedé. Mi padre falleció en Chaparral, Tolima, hace veinticuatro años, un 24 de enero, y no alcanzó a verme que yo había entrado a la Policía, pues ya estaba enfermo y finalmente murió de un derrame cerebral. Mi madre también ya murió hace ocho años. Los mejores recuerdos son las fotos que nos dejó mi padre que yo guardo como un tesoro.

*Entrevista concedida al SM (r) Luis Hemel López Ortega.*



*Marco Aurelio usando la ametralladora, arma que fue de gran apoyo al Batallón Colombia*





*El soldado Marco Aurelio Sánchez (segundo de izq. a der.) junto a compañeros de tropa*



*Ferdinan Sánchez Falla (a la izq.), hijo del veterano Marco Aurelio Sánchez, concede entrevista al señor SM (r) Luis Hemel López en la base del Departamento de Policía Meta (Villavicencio, 2021)*

## Remembranzas del veterano Juvenal Mesa Acosta (†)



Soy Antonio Reyes Mesa, resido en la ciudad de Bogotá. Mi tío Juvenal (hermano de mi madre María Lilia) había nacido el 29 de agosto de 1932 en Calarcá, Quindío, en el hogar formado por Alejandrino Mesa y Bernarda Acosta (padres), y María Lilia, Lucila y Argelia (hermanas). Fue bautizado el 3 de septiembre de ese mismo año.

Según cuenta mi prima Gloria Castro Mesa, una de las sobrinas de Juvenal, el muchacho era el menor de la familia y que vivían en Calarcá, Quindío y luego se trasladaron a Agua de Dios, Cundinamarca. Ella recuerda que de niño era muy noble. Cada vez que llegaba a la casa era un gran orgullo para la familia, pues así era en aquella época en que él prestó el servicio militar. Al Ejército se fue voluntario y muy joven, tal vez de veinte años. Se cree que él quería ser profesor. Tuvo una novia y ella de la desilusión tan grande, terminó yéndose de monja. Según me relató Gloria, la muerte de mi tío Juvenal fue con una bomba en una montaña en Corea.

Según se supo había un grupo grande de soldados y la mayoría de ellos perecieron en ese bombardeo. Y los pocos que lograron salvarse quedaron con problemas mentales. También logré averiguar con familiares y amigos, quienes afirmaron que en un edificio público del municipio de Calarcá, le habían hecho una placa en su honor por haber sido el único soldado de esa población que había muerto en Corea, pero luego ese edificio fue remodelado y parece ser que esa placa desapareció, pues nadie da razón de ella. Lo cierto fue que mi tío Juvenal murió muy joven, y eso fue a los pocos meses de haber llegado a Corea. Su cuerpo no fue repatriado, pues nunca se encontró nada de él y de muchos de sus compañeros, es decir, la zona que fue bombardeada quedó como un campo santo. Lo anterior se alcanza a evidenciar en el libro *Memorias de un Tenzano Veterano de la Guerra de Corea y Reservista de Honor*, escrito por el cabo Francisco Antonio Bermúdez, donde se lee: “... los que figuraban como desaparecidos, sus cuerpos quedaron revueltos y esparcidos... después de toda esa cantidad de bombas y explosivos descargados...”.

Se dice que la mamá de mi tío Juvenal murió de un infarto algunos años después de que su hijo había sido asesinado en Corea. De todas formas, a ellos les dieron como una indemnización por la muerte de mi tío, al mismo instante que le entregaron la condecoración. Al papá también le pesó mucho la muerte de su hijo. Hace poco, se pudo evidenciar también que en un libro escrito en 1956 por el coronel Alberto Ruíz Novoa, llamado *El Batallón Colombia en Korea*, nuestro familiar perteneció al Batallón Colombia número 3, y su serial militar fue el número 11751. Allí en dicha obra, aparece dentro del personal “desaparecido en acción”. Realmente no son muchos los datos que tenemos de él, porque como ya dije murió muy temprano en Corea y su cuerpo nunca llegó a Colombia. Lo cierto es que los familiares lo recordamos con mucho cariño, pues además de un gran ser humano fue un verdadero héroe de la patria.

*Entrevista concedida al SM (r) Luis Hemel López Ortega.*



*Con algunos de sus familiares en Colombia, antes de partir a Corea*



*Con equipo de campaña, municiones y fusil, listo para combatir*